



Agustín Moreto

# **El defensor de su agravio**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Agustín Moreto

## El defensor de su agravio

PERSONAS:

EL DUQUE DE ATENAS COMINO  
ALEJANDRO UN CRIADO  
LIDORO DOS JUECES  
AURORA, duquesa MÚSICOS  
NISEA DAMAS, SOLDADOS  
IRENE CRIADOS, GENTE

La escena es en Atenas.

Jornada primera  
Sala del palacio del Duque.

Escena primera

ALEJANDRO, COMINO.

ALEJANDRO. Nada que hables te he de oír,  
si en Nisea no ha de ser.

COMINO. ¿No hemos de hablar de comer,  
de cenar y de dormir?

¿Siempre de amor he de hablarte?

ALEJANDRO. Y lo demás me da enojos.-

¡Ay Nisea de mis ojos!

¿Quién no vive de mirarte?

COMINO. ¿Quién no vive de una polla,  
y más cuando un jamoncillo  
se la lleva de codillo?

¿Quién no vive de una olla  
donde cabe el ser podrida  
y de buena condición?

¿Quién no vive de un capón,  
que es el blanco de la vida?

Mas sólo de ser mirón,

¿quién vive, sino un vecino?

ALEJANDRO. No me hables deso, Comino.

COMINO. Soy yo engerto en sabañón.

¿Quién su maña no apercibe  
para comer lo que adquiere?

De todo cuanto hay se muere,  
sólo de comer se vive.

Por comer, tras un arado

hay quien vaya por tarea

y quien criado se vea

de otro que no le ha criado.

Por comer, quien quiera ser

albañil; y al verse diestro,

se olvida en el Padre nuestro

del «no nos dejes caer».

Por comer, quien sea barbero,

siendo tanto de admirar

ver que se incline a rapar

cosa que no sea dinero.

Por comer hay quien remó,

y quien trabaje en las fiestas,

y quien me trae a mí a cuestas

lo que me he de comer yo.

Y quien sufra ser cochero

cuando llueve; y más también,

pues para comer hay quien

se mete a sepulturero.

Y con esto lo otro olvido:

por comer hay quien, de un jaque

de ayuda, a un hombre le saque

del cuerpo lo que ha comido.

ALEJANDRO. Consérvase el mundo así

por el destino y el hado.

COMINO. Y ¿por qué eres tú privado

del Duque de Atenas? Di.

A no darte de comer

el cargo, ¿fuera razón

ser privado, o motilón?

ALEJANDRO. ¿Tan humilde había de ser?

COMINO. Yo por mejor lo he tenido,

pues veo siempre al motilón

un cogote de un Nerón,  
y al prior descolorido.

ALEJANDRO. Lo que en el Duque interesa  
mi fe, no es comodidad,  
sino amor de su amistad.

COMINO. ¡Oh! que es lindo ver la mesa  
de doce platos poblada,  
e ir pellizcando pechugas,  
y no hartarse de lechugas  
habiendo dolor de ijada.

ALEJANDRO. ¡Que sea tu bajeza tanta,  
que por comer te apasionas!

COMINO. Estoy bien con los capones,  
porque hacen linda garganta.  
Si oigo que una dama bella  
de un capón se ha enamorado,  
imagino que es asado,  
y me ando siempre tras ella.

A todo esta ansia prefiero.

ALEJANDRO. ¿El capón es tu regalo?

COMINO. Pues ¿hay algún capón malo,  
sino uno, que es mosquetero?

ALEJANDRO. ¡Que no dejes de cansarme!

COMINO. Ya, Señor, estoy ahíto;  
vaya de amor un poquito.

ALEJANDRO. Sólo en Nisea has de hablarme.

COMINO. Loco de amores está.

Digo que dejo el comer;  
y cuanto hablare, ha de ser  
Ni-sea, ni-es, ni-será.

ALEJANDRO. Si su divina hermosura  
llega a encarecer mi fe,

¿habrá alguno a quien no dé  
envidia con mi ventura?

Quiera amor que yo la vea  
dueño de mi corazón,  
y él logre esta posesión.

COMINO. Digo, Señor, que Ni-sea.

ALEJANDRO. Y ella, si logro su mano,  
cuando mi lineza vea  
será mas firme.

COMINO. Ni-sea.

ALEJANDRO. ¿Qué dices, necio villano?

COMINO. Oigan; ¿ya perdió tu amor  
de Nisea la codicia?

ALEJANDRO. No equivoque tu malicia  
su nombre con mi temor.

COMINO. Si eso tienes por agüero,  
porque otra vez no te asombre,  
llámala Si-sea, que es nombre  
de mujer de despensero.

ALEJANDRO. Yo temo tanto el perdella,  
que aun eso me da pesar.  
Hoy al Duque intento hablar,  
porque de su mano bella  
me haga dueño; mas está  
tan afligido estos días  
de tristes melancolías,  
que no sé si error será:  
Nadie alcanza en sus cuidados  
remedio a tales efetos.

COMINO. Dicen que es mal de discretos,  
y no es sino de menguados,  
pues los que se dan la herida  
de entristecerse a ese paso,  
son los bobos que hacen caso  
de las cosas desta vida.

ALEJANDRO. Cuando es mi amor quien le asiste,  
medio decente no siento  
de hablar en mi casamiento,  
estando el Duque tan triste.

COMINO. Di que el invierno pasado  
te causó el frío un dolor,  
y te ha mandado el dotor  
que duermas acompañado.

ALEJANDRO. Él sale; siempre ha de estar  
de la música asistido;  
que sólo está divertido  
el rato que oye cantar.

COMINO. Buen gusto; mas a infinitos  
les enfada.

ALEJANDRO. ¿Esto da enfado?

COMINO. Aquí hay un conde quebrado,  
que en cantándole da gritos.

## Escena II

EL DUQUE, LIDORO, MÚSICOS. -DICHOS.

MÚSICA. Del desdén de la hermosura  
¿qué enfermo el amor está!  
¿Cómo ha de sanar, si es ella  
la cura y la enfermedad?

DUQUE. No puedo poner sosiego  
en mi ardiente corazón;  
pero ¿qué mucho, si son

mis esperanzas el fuego?  
¡Qué incurable enfermedad!

ALEJANDRO. Señor...

DUQUE. Alejandro amigo...

(A los músicos.)

Dejadme. -Pero ¿qué digo?

¡Sin mí estoy!-Volved, cantad.

MÚSICA. Del desdén de la hermosura

¡qué enfermo el amor está!

¿Cómo ha de sanar, si es ella

la cura y la enfermedad?

ALEJANDRO. Gran Señor, ¿qué oculta pena  
te aflige?

DUQUE. Amigo, un dolor  
sin medio.

ALEJANDRO. ¿Por qué, Señor?

DUQUE. Esta canción me condena:

Yo una hermosura venero,

siendo culpa idolatrarla;

el remedio es olvidarla,

y el mal es lo que la quiero.

Si intento el remedio, muero;

si no, ofendo su deidad;

pues si entre esta variedad

vive el pecho de querella,

¿Cómo ha de sanar, si es ella

la cura y la enfermedad?

ALEJANDRO. ¿No tienen medio sus males?

Siendo de amor, ¿no hay remedios?

COMINO. No; que ya en amor no hay medios.

ALEJANDRO. ¿Por qué?

COMINO. Porque es todo reales.

ALEJANDRO. Señor, que hacéis, advertid,

a vuestro poder agravio:

vuestro imperio es vuestro labio.

DUQUE. No lo entiendes. -Proseguid.

MÚSICA. Nadie se fíe de sí,

cuando tan rendido está;

que en los achaques de amor

el remedio enferma más.

DUQUE. Yo ofendo mi propio empleo

si prosigo en mis amores;

si no logro sus favores,

crece en mi amor el deseo;

más dentro del mal me veo

si quiero volverme atrás:

Luego bien dice al compás

de aquella letra el primor,  
que en los achaques de amor  
el remedio enferma más.

ALEJANDRO. ¿El remedio es más dolor?

¿En qué achaque ser pudiera?

COMINO. ¿Eso dudas? En cualquiera,  
como lo yerre el dotor.

ALEJANDRO. Señor, aunque lo pretendo,  
por indicios semejantes  
no os entiendo.

DUQUE. No te espantes;  
que yo tampoco me entiendo.

COMINO. Tú estás en Atenas ciego;  
pues no habiendo quien alcance,  
ni entienda a un duque en romance,  
quieres entenderle en griego.

DUQUE. Aunque yo estuviera en ti,  
no entendieras mi dolor.-  
Proseguid, pues su rigor  
nació sólo para mí.

MÚSICA. Su muerte quiere, o su vida,  
y no se la quieren dar;  
¡desdichado del que vive  
por ajena voluntad!

DUQUE. Si es mi voluntad mi pena.

¿Cómo intenta mi porfía,  
queriendo mi mal la mía,  
que quiera mi bien la ajena?

Si la mía me condena  
a entregar la libertad,  
¿cómo ha de tener piedad  
la ajena, que la recibe?

Desdichado del que vive  
por ajena voluntad.

Dejadme, no cantéis más.-

No digo, Lidoro, a ti;  
que tú ya sabes de mí  
mi mal, y alivio me das.

(Vanse los músicos.)

### Escena III

El DUQUE, ALEJANDRO, LIDORO, COMINO.

LIDORO. (Ap.) Sí sé, a pesar de mi amor;  
mas ¿qué importa, si no ha sido  
él de Nisea admitido,

y yo logro su favor?

ALEJANDRO. Señor, si el dolor os deja  
libre el uso del oído,  
con justos celos os pido  
licencia para una queja.

DUQUE. ¿Queja, Alejandro? Pues ¿cuál?

ALEJANDRO. De que sabiendo Lidoro  
vuestra pena, yo la ignoro.

COMINO. (Al DUQUE.)

Y de eso es todo tu mal;  
pues muchos, por sus decoros,  
mueren de eso.

DUQUE. ¿De callar?

COMINO. No, sino de revelar  
el secreto a los Lidoros;  
y al instante le sentencio  
a que con mucha presteza  
se sangre aquí vuestra alteza  
de la vena del silencio.

DUQUE. ¿Dónde cae?

COMINO. Yo en todos hallo  
que en el pecho se les ve,  
y a mí en el dedo de un pie,  
que es donde yo tengo un callo.

DUQUE. Alejandro, mi dolor,  
que hasta aquí encubrí a tu trato,  
si lo tienes por recato,  
no ha sido sino temor.

ALEJANDRO. ¿Temor vuestra alteza a mí?

DUQUE. Sí, Alejandro; temor fue.

COMINO. (Aparte a ALEJANDRO.)

Vive Dios, que entiendo que  
se ha enamorado de ti.

DUQUE. Yo por ti, muriendo, vivo;  
y mi alivio es que tú quieras.

COMINO. (Aparte a ALEJANDRO.)

Alto, Señor; pues ¿qué esperas?  
No hay aquí que ser esquivo.

ALEJANDRO. Señor, sacad mi cuidado  
de confusión semejante.

COMINO. (Aparte a ALEJANDRO.)

¿Hay más gracioso ignorante?  
¿Te lo he de decir cantado?

DUQUE. Las flechas quebrar espero  
contigo, a que he de morir.

COMINO. (Aparte a ALEJANDRO.)

¿Ves cómo quiere decir



que eres tú su quebradero?

DUQUE. Alejandro, si lo mucho

que debes a mi tormento

quieres saber, está atento.

ALEJANDRO. Ya, gran Señor, os escucho.

DUQUE. Despejad ese criado.

ALEJANDRO. Vete, Comino.

COMINO. Por ido.

(Ap. Póngome a tiro de oído.)

(Pónese a escuchar al paño.)

ALEJANDRO. Ya solos nos ha dejado.

DUQUE. Para que sepas mejor

cuanto debes a mi pecho,

quiero acordarte, Alejandro,

los servicios que te debo.

Lo primero, mi corona

debe a tu sabio gobierno

la quietud de mis estados,

la firmeza de mi imperio.

Cuantos enemigos míos

movieron contra mi reino

el impulso de sus armas,

tu brazo los ha deshecho.

No he tenido yo en mi vida

gusto, triunfo ni sosiego,

que de tu fe no haya sido

o disposición o empeño.

Y sobre tantas finezas,

cuando, asegurado el cetro,

lograba en paz sus aplausos,

trataste mi casamiento.

Con tu tío el rey de Creta

dispusiste, amigo y deudo,

que a su hija por esposa

me diese; y tú mismo luego

trajiste de allá a tu prima

la Duquesa, a quien, por dueño

mío y de Atenas, hoy pago

la estimación que la debo.

No te sabré encarecer

el gusto, amigo, el contento

con que en tranquilos amores

viví los años primeros.

Yo me casé enamorado;

halló en mi esposa el deseo

discreciones para el alma,

hermosura para el cuerpo,

finezas para el cariño,  
atención para el respeto,  
agasajo para el trato,  
viveza para el ingenio,  
modestia para los ojos,  
dulzura para el afecto,  
y un amor correspondido,  
en quien se encierra todo esto.

Mira cuál sería el gusto  
en que vivía mi pecho,  
logrando en paz un amor,  
sin el susto de unos celos,  
las dudas de la esperanza,  
la desazón del despego;  
dos voluntades conformes,  
en un logro dos deseos,  
dos almas en una vida  
y dos puntos en un centro.

Yo, triunfante, poderoso,  
amado, temido, quieto,  
rico, alegre y aplaudido,  
y por más feliz extremo,  
con una esposa a mi gusto,-  
tres años de gloria fueron;  
que si no es el cielo así,  
esto en la tierra es el cielo.

¿Quién pensar puede, Alejandro,  
que pudiera haber suceso  
con que en mí entrasen las penas,  
sin faltarme nada desto?

Pues para que nadie tenga  
confianza en los contentos  
desta vida, mi destino,  
o mi desdicha, o el cielo  
(que el secreto se reserva)  
halló entre estas dichas medio  
con que, sin faltarme nada,  
me faltase todo a un tiempo.

Yo fui poniendo los ojos  
en una dama, en quien tengo  
hoy el alma; y al principio  
prevenir no supe el riesgo.

Después que quise, no pude;  
que el albedrío no es dueño  
de quitar la inclinación;  
que el proporcionado objeto  
de la voluntad la llama,

y ella va tras él. Y en esto  
tiene imperio el albedrío,  
mandando al entendimiento  
que enfrene la voluntad;  
mas si no se hace con tiempo,  
si después no es imposible,  
es difícil a lo menos;  
que es lo mismo que una piedra  
o cualquiera grave peso,  
que va a caer, si al instante  
de perder aquel asiento,  
de donde cae se detiene,  
se puede con poco esfuerzo  
detener; mas si se intenta  
parar cuando va cayendo,  
mientras más va es más difícil;  
y sin muchísimo riesgo,  
no hay quien la pueda parar  
hasta llegar a su centro.  
No es, Alejandro, mi culpa  
el amar a otro sujeto,  
debiendo la estimación  
que a mi esposa nunca pierdo.  
Ni el no enfrenarme, tampoco;  
porque ya, amigo, me veo  
como cuando tan abajo  
va ya la piedra cayendo,  
que el tenerla es imposible,  
o tan difícil, que temo  
morir si intento pararla.  
Y demás deste recelo,  
cuando detenerla intente,  
ni a querer hacerlo acierto,  
ni sé si podré, aunque quiera;  
y si podré, no me atrevo.  
La culpa de mi temor  
(que tenértele confieso)  
es valerme yo de ti  
para tan injusto intento;  
pues siendo tú de mi esposa,  
en la atención que la debo,  
tanta parte, por padrino,  
por su sangre y por ti mesmo,-  
fuera mucha demasía  
del poder, pensar que puedo,  
sin recelo, hacerte yo  
de sus ofensas tercero.

Pero yo estoy, Alejandro,  
tan sin mí, tan sin aliento,  
que cualquier mal es alivio,  
comparado al que padezco.  
Yo muero, y como el bajel  
en la tormenta me veo,  
que despalmado y sin jarcias,  
rotos árboles y lienzos,  
cubierto de cualquier ola,  
teme en ella el movimiento;  
y cuando el furioso embate  
de las aguas y los vientos,  
por juego de la fortuna,  
dan con él de riesgo a riesgo,  
descubre el puerto enemigo,  
adonde perder es cierto  
libertad, fama y riqueza;  
mas teniéndolo por menos,  
por salir de aquel peligro,  
toma por sagrado el puerto.  
Tú eres, Alejandro amigo,  
quien puede al mal en que peno  
dar alivio; tú ser puedes  
de mi aflicción el consuelo.  
Mas para que tú conozcas  
que no del todo te empeño  
tan sin razón, deste amor  
que te he tenido encubierto  
tiene noticia mi esposa;  
que son agudos los celos,  
y me ha leído en los ojos  
lo que escribió el alma dentro.  
Ella sabe a quién adoro,  
o lo presume a lo menos;  
que en la falta del cariño  
ha sido aviso el despego  
para que ella lo averigüe.  
No sé, cuando considero  
su discreción, su hermosura,  
su agasajo, sus afectos,  
cómo pudo otra belleza  
triunfar de mis pensamientos.  
Mas la voluntad me arrastra,  
ella me vence en efecto;  
y no basta que los ojos  
reconozcan el exceso  
que hay de mi esposa a mi dama;

que el discurso haga argumentos;  
que la razón lo condene;-  
porque contra todos ellos  
vence en ella otro discurso  
sofístico, que acá dentro,  
para convencerlos, hace  
con tal arte, que yo pienso  
que tiene la voluntad  
para sí otro entendimiento.  
Siendo así, pues, que mi esposa  
sospecha mi error, el medio  
de valerme yo de ti,  
Alejandro, es con intento  
de quietarla en su sospecha,  
de sosegarla en sus celos,  
y ya que no puedo el daño,  
excusarla el sentimiento;  
que habiendo de ser ingrato,  
cuando yo tanto la debo,  
quiero excusarla el disgusto,  
ya que la ofensa no puedo.  
Padezca el mal sin dolor,  
con el engaño viviendo;  
que no ha de ser más mi gusto  
porque ella padezca menos.  
Y ya que desta cadena  
estoy oprimido, quiero,  
si he de ofender con el ruido,  
arrastrarla sin estruendo.  
Tú, Alejandro, desde aquí,  
en público y en secreto,  
te has de declarar galán  
desta dama en el festejo,  
asistirla, enamorarla,  
avisándola primero  
de tu fineza y la mía,  
y en mi esposa, al mismo tiempo,  
volveré yo a los cariños  
en que he estado tan suspenso.  
Que viendo ella mis finezas,  
y creyendo tus empeños,  
pasar no puede adelante  
en su sospecha, sabiendo  
que tú y yo somos un alma  
de la mitad que tenemos.  
Sosegada su sospecha,  
podré yo, sin darla celos,

proseguir desta pasión,  
desta llama, deste incendio,  
a tu sombra, el dulce alivio  
que me da su ardiente fuego,  
hasta que beban los ojos  
su apetecido veneno.

Alejandro, esta fineza  
ha de hacer por mí tu pecho,  
cuando no más, obligado  
de que mi noble silencio  
te ha callado esta pasión  
por el justo sentimiento  
que te pudiera causar.

Que te respeto confieso;  
que te he temido del modo  
que un príncipe de mi aliento  
a un vasallo como tú  
puede tenerle respeto.

Dos empeños hay que muevan  
tu obligación: el primero  
es hacer a la Duquesa,  
si no el daño, el dolor menos;  
el otro, la confianza  
que hace de tu fe mi pecho,  
porque el fiar yo de ti  
el ser, la corona, el cetro,  
no es tanto como la dama.

Y en ponerte en este empeño,  
más de ti que de mí fío,  
porque es tan posible el riesgo,  
que a dividirme yo en otro,  
no lo fiara a mí mismo.

Éste, amigo, es mi temor,  
éste el agradecimiento  
que me debe tu amistad,  
éste el dolor que padezco:  
mira tú la obligación  
que debes a mi tormento;  
y sin mirar mi grandeza,  
obra tú por tu respeto.

ALEJANDRO. Señor, con razón, de oídos,  
suspense y temblando quedo.

¿Vos para mandarme a mí  
vuestro gusto, tanto empeño?  
Pues cuando yo de mi prima  
fuera padre, en el remedio  
de vuestros males, Señor,

¿no sois vos siempre primero?

DUQUE. Dame, Alejandro, los brazos.

ALEJANDRO. Yo de tu voz soy el eco;

¿Cómo podré replicarla?

COMINO. (Al paño.)

Miren ustedes aquesto,

y azotan por alcahuetes.

ALEJANDRO. Mas, Señor, saber espero,

por poder obedecerte,

quién es la dama.

LIDORO. (Ap.) Ya tengo

en mi amor dos enemigos;

mas si su favor merezco,

no los temo, ni el delito;

que el amor dora los yerros.

DUQUE. No te lo he dicho, Alejandro,

hasta conocer tu intento;

mas ya es fuerza que lo sepas.

COMINO. Rabiando estoy por saberlo;

que sin duda es mucha cosa.

DUQUE. Pues de mis ansias el dueño...

ALEJANDRO. ¿Quién es, Señor?

DUQUE. Es Nisea.

ALEJANDRO. (Ap.) ¡Válgame el poder del cielo!

COMINO. (Saliendo de donde estaba oculto.)

¡Confesión!

DUQUE. ¿Qué tiene ese hombre?

COMINO. ¡Confesión! ¡Ay, que me muero!

ALEJANDRO. ¿Qué es eso?

COMINO. El dolor de ijada,

que agora en este momento,

con aquese sobrescrito,

me vino por el correo.

ALEJANDRO. No hagáis caso; que este es loco.

COMINO. Pues ¿para postre del cuento

sale con esa aceituna?

ALEJANDRO. Señor, ¿vos... (Ap. Hablar no puedo)

a Nisea?

DUQUE. Sí, a Nisea.

COMINO. (Ap.) ¿Si pedirá ahora que hablemos

de Nisea solamente?

ALEJANDRO. Señor, yo... cuando, vos mismo...

DUQUE. No me digas ahora nada;

tú, Alejandro, eres discreto,

y lo sabrás disponer.-

Ven, Lidoro. -Piensa en ello,

y mira, amigo, que aquí

mi vida en tus manos dejo.  
(Vanse el DUQUE y LIDORO.)

Escena IV

ALEJANDRO, COMINO.

COMINO. Miren cómo se ha quedado  
de carámbano de invierno;  
parece pellejo hinchado  
a la puerta del botero.

ALEJANDRO. ¿Cómo al vital aliento no desmayo?  
Ni sé yo cómo vivo o cómo peno,  
pues mi pecho resiste este veneno.  
O fue ilusión, o de mi muerte ensayo.

Estoy como el pastor a quien el rayo  
quitó la vista, y al horror del trueno  
perdió el sentido; y queda tan ajeno,  
que, del susto, no siente su desmayo.

Mas no me dejó sólo absorto y ciego,  
sino de alma y amor la unión partida.  
Mas no, que a herirme, allí muriera luego;

Mas sí, que como rayo hizo la herida,  
Que sólo al corazón abrasó el fuego,  
y en el cuerpo al dolor dejó la vida.  
¿Qué haré, Comino?

COMINO. Cilantro.

ALEJANDRO. ¿Qué dices deste suceso?

COMINO. Nada que hables te he de oír,  
sino en Nisea.

ALEJANDRO. ¡A buen tiempo!  
Comino, mi amor murió.

COMINO. Téngale Dios en el cielo,  
y ¿de qué murió?

ALEJANDRO. De un rayo.

COMINO. Pues ¿el pobre caballero  
no trujera una reliquia  
para el día que hace truenos?  
Y ¿ha dejado sucesión?

ALEJANDRO. Mi pesar y mi tormento.

COMINO. Pues si no deja más hijos,  
no era amor muy verdadero.

ALEJANDRO. Sólo ha dejado las penas  
que de mis penas nacieron.

COMINO. Y ¿hay dote para esos hijos?

ALEJANDRO. No.

COMINO. Pues vayan a un convento.



ALEJANDRO. Deja, Comino, las burlas,  
cuando ves que estoy muriendo,  
o vive Dios, que te mate.

COMINO. ¿Qué son burlas? Eso es bueno;  
pues ¿puedes sentirlo tú  
la mitad que yo lo siento?  
¿No me oíste allí pedir  
confesión? Pues vive el cielo,  
que a no estar en mal estado,  
de veras me hubiera muerto.

ALEJANDRO. Ya el sentimiento es en vano,  
no resistirle pretendo;  
que la desesperación  
es ya sólo mi remedio.  
Muera o viva, esto ha de ser:  
la amistad que al Duque debo  
ha de ser antes que todo.  
Adiós, tristes pensamientos;  
mas digo mal, los alegres  
debe despedir mi pecho,  
no los tristes, porque siempre  
habré de vivir con ellos.

COMINO. Pues Nisea sale aquí,  
y la Duquesa; ¿qué haremos?

ALEJANDRO. Retirarnos, por si acaso  
queda sola y hablar puedo.

COMINO. ¿Para qué, si has de dejarla?

ALEJANDRO. Para decirla este empeño  
y cómo ya la he perdido,  
aunque llore.

COMINO. No hayas miedo  
que pierda el seso.

ALEJANDRO. ¿Por qué?

COMINO. Si ella es cuerda, un duque es bueno,  
y por ti no ha de perderle.

ALEJANDRO. Y ¿si bien me quiere?

COMINO. Menos,  
porque entonces, siendo loca,  
no podrá perder el seso.

(Retíranse)

Escena V

AURORA, NISEA, IRENE.

NISEA. Señora, si vuestra alteza  
no resiste su pasión,

es fomentar su tristeza.

AURORA. Nisea, hay males que son  
La misma naturaleza.

NISEA. Así es la melancolía;  
mas la razón medios halla  
de resistir su porfía.

AURORA. Pues la razón en la mía  
sólo sirve de aumentalla  
y te la he de declarar,  
ya que estás sola conmigo  
y Irene.

IRENE. ¿Puedo estorbar?

AURORA. No; que antes lo has de escuchar,  
porque sé que eres testigo.-

Tú bien llegas a saber (A NISEA.)

Cuánto a mi amor debes hoy.

NISEA. Lo más que hay que encarecer  
es, que yo tu sangre soy,  
y tú lo das a entender.

AURORA. Pues, Nisea, mi tormento  
ya que este alivio me deja,  
saldrá de mi pensamiento.

Mas no saldrá como queja,  
sino como sentimiento;

porque habiéndola conmigo

(que el ser quien soy me aconseja),

la ocasión, que aquí contigo

fuera en otra parte queja,

fuera en mí para castigo.

Cuanto el Duque es de mí amado,

y que él me amó deo a un lado;

que en él por demostración,

y en mí por obligación,

uno y otro es excusado.

Sólo dirá mi dolor

que viendo el estrecho abrazo

de nuestro fino primor,

envidioso el mismo amor,

quiso deshacer el lazo.

Yo esta unión, a mi pesar,

le vi al despego partir;

mas si esto pude mirar,

o no lo pude sentir,

o no lo supe llorar.

De mi esposo la fineza

se trocó en este despego;

pasándome la tibieza,

en el lecho por sosiego,  
y en el trato por grandeza.  
Cuando a cansarse de mí  
lo atribuí, hallo que emplea  
en ti su amor... Yo lo vi;  
no, no te turbes, Nisea,  
que no me quejo de ti.  
Tu estrella envidia me dio,  
pena mi suerte severa;  
no tienes tú culpa, no;  
que a ofenderme tú, no fuera  
para decírtelo yo.  
La fruta que deseando  
estás en el alta rama,  
¿no has visto venir volando  
un pajarillo silbando,  
que hace de ella mesa y cama?  
Cuando ves que su rudeza  
lo que tu deseo procura,  
logra por su ligereza,  
no te ofende su simpleza,  
pero envidias su ventura.  
Esto me sucede aquí,  
cuando no hay ofensa alguna  
en que él te quiera, y no a mí:  
que no me ofendo de ti,  
pero envidio tu fortuna.  
Tú, Nisea, eres querida,  
yo del Duque despreciada;  
tú amada, yo aborrecida;  
yo su muerte, tú su vida,  
para ser de mí estimada.  
Mas esto no es por temer  
que, aunque tu fe me respeta,  
puedas llegarme a ofender,  
sino una envidia discreta,  
como se debe tener.  
Mi envidia será estimar  
tu dicha; pues con morir,  
no puedo dar ni tomar  
más venganza que sentir,  
ni más queja que llorar.  
NISEA. Señora, tu llanto justo  
llego a sentir de manera,  
que si algo en mi vida viera  
que a ti te diera disgusto,  
yo misma muerte me diera.

Mas, leal y agradecida,  
dar más respuesta no espero  
a pena tan bien sentida,  
que es Alejandro mi vida,  
que él me adora y yo le quiero.

AURORA. ¿Qué dices, prima?

NISEA. Ocasión  
de saberlo te daré.

AURORA. ¿Cómo, si él y el Duque son  
una vida y una unión?

NISEA. Eso, Señora, no sé.

AURORA. Pues, prima, si eso haces luego,  
en sabiendo que es verdad,  
tener no puede en su fuego  
mi amor más seguridad,  
ni mi pena más sosiego.  
Que adviertas el mal que siento  
te pido, y mi confianza;  
mientras va mi sentimiento  
a vivir de su esperanza  
o a morir deste tormento. (Vase.)

#### Escena VI

NISEA, IRENE; luego, ALEJANDRO y COMINO.

IRENE. Señora, tu intento ignora  
Alejandro. ¿Has preferido  
a Lidoro?

NISEA. ¿Cuándo ha sido  
de mí admitido Lidoro?

IRENE. Pues hoy, cuando me encontré,  
de esperanzas le llené.

NISEA. ¿Qué has hecho, necia?

IRENE. Diré  
que fue encuentro, y no pintó.

(Salen ALEJANDRO y COMINO.)

ALEJANDRO. (Aparte a COMINO.)

Nisea ha quedado sola.

COMINO. Para jugar bien la pieza,  
éntrala llamando alteza,  
que es dársela golpe en bola.

NISEA. Alejandro, mi señor,  
¿qué traes, tan descolorido?

ALEJANDRO. No más de haberte perdido.

COMINO. Y al truke, que es lo peor.

NISEA. ¿Perdido a mí? ¿Eso hay de nuevo?

ALEJANDRO. El Duque me ha declarado  
que está de ti enamorado;  
ya sabes lo que le debo.

NISEA. Pues ¿yo al Duque puedo amar?

ALEJANDRO. Eso no lo he de decir;  
yo me vengo a despedir,  
y no vengo a aconsejar.

NISEA. Saber tu respuesta espero.

ALEJANDRO. Yo le rendí mi cuidado.

NISEA. Anduviste muy privado,  
pero no muy caballero.

ALEJANDRO. ¿Qué pude hacer, siendo fiel?

NISEA. Mira lo que hay de ti a mí,  
que yo le dejo por ti,  
y tú me dejas por él.

ALEJANDRO. Ya, Nisea, mi cariño  
murió; ya no hay que esperalle.

COMINO. Ya venimos de enterralle;  
que he llorado como un niño.

ALEJANDRO. Y así, Señora, mudando  
de estilo, quedad con Dios;  
que el alma, que queda en vos,  
vos de vos la iréis echando.

NISEA. ¡Alejandro!

ALEJANDRO. Así, Señora.

Lo principal olvidé,  
que en la apariencia seré  
vuestro galán desde ahora;  
que esto es lo que importa más.

NISEA. Y ¿eso también se promete?

COMINO. Pues si no fuera alcahuete,  
¿qué importara lo demás?

NISEA. Pues, Alejandro, mirad.

Si por el Duque es razón  
dar menos estimación  
a mi amor que a su amistad,  
dél ni de vos hará aprecio  
mi amor, aunque aquí le lloro:  
del Duque por mi decoro,  
de vos por este desprecio.

(Hace que se va.)

ALEJANDRO. Nisea, Señora, espera;  
mi bien, ya sé que hice mal.

NISEA. Oyendo bajeza tal,  
¿qué he de esperar aunque quiera?

ALEJANDRO. ¿Qué pude yo hacer conmigo?

NISEA. Ser vos; que en vos es primero

la deuda de caballero  
que la obligación de amigo.  
¿Vos prometéis tal bajeza?  
ALEJANDRO. Por el Duque me obligué.  
NISEA. Pues ¿por bajeza no fue?  
COMINO. No fue sino por alteza.  
ALEJANDRO. Pues ¿qué hemos de hacer, Señora?  
NISEA. Alejandro, el Duque viene;  
esta noche ocasión tiene  
de hablar nuestro amor, ya es hora;  
del jardín de la Duquesa  
verás abierto el postigo;  
a esperarte allá me obligo.  
IRENE. (Ap.) ¡Ay, Dios mío! Ya me pesa,  
porque allí se han de encontrar;  
que a Lidoro le advertí  
que puede entrar por allí.  
ALEJANDRO. Pues ¿cómo abierto ha de estar?  
NISEA. Porque del Duque es fineza  
tener por verme esa entrada.  
ALEJANDRO. ¿Qué es lo que escucho?  
COMINO. No es nada;  
también eso es por alteza.  
ALEJANDRO. Ingrata, fiera, enemiga.  
NISEA. Vete, Alejandro, Señor.  
ALEJANDRO. A morir deste dolor.  
NISEA. Pues ¿qué a tenerle te obliga?  
ALEJANDRO. El Duque y tu falsedad.  
NISEA. ¿Hago yo su inclinación?  
ALEJANDRO. Tú le has dado la ocasión.  
NISEA. ¿Qué dices?  
ALEJANDRO. Esto es verdad.  
NISEA. Tú verás que no.  
ALEJANDRO. ¡Ah inhumana!  
NISEA. Vete, Alejandro.  
ALEJANDRO. Sí haré.  
NISEA. ¿Irás?  
ALEJANDRO. A morir iré.  
NISEA. Que viene el Duque.  
ALEJANDRO. ¡Ah tirana!  
IRENE. (Ap.) La mar anda por los cielos;  
allá habrá linda batalla.  
COMINO. (Ap.) Lindo modo de dejalla  
es ir rabiando de celos.  
(Vanse.)

Jardín. -Noche.

## Escena VII

El DUQUE.

DUQUE. Deste jardín las olorosas flores,  
cuando a mi esposa en dulce paz lograba,  
testigos fueron de la dicha mía;  
a imitación aquí de mis amores,  
aves, plantas y flores, todo amaba,  
todo era tierna unión, todo armonía.  
Aquella fuente fría  
amores murmuraba,  
el céfiro en las hojas suspiraba,  
el clavel se encendía  
por la encarnada rosa;  
la mosqueta olorosa,  
con el jazmín, a olores se entendía;  
las blancas azucenas  
de amor estaban llenas;  
la hiedra, al tierno abrazo,  
enmarañaba el lazo  
por las ramas del olmo;  
y en el copado colmo  
ruiseñores suaves,  
cantando dulces y sintiendo graves,  
huían de los ojos, advertidos,  
para dar más amor a los oídos.  
Todo este bien trocó mi ardiente fuego.  
Todo lo miro va como me miro,  
yo de aquel tierno amor la paz quebranto:  
ya imita mi cruel desasosiego  
de aves, plantas y flores el retiro.  
Todo es ya sentimiento, todo espanto:  
la fuente suena a llanto,  
y al fuego que respiro,  
el céfiro por queja da suspiro;  
está el clavel sangriento,  
la rosa vergonzosa,  
la mosqueta olorosa  
trueca al jazmín olor por sentimiento;  
las blancas azucenas  
de desmayo están llenas;  
y ya no por abrazo  
la hiedra aprieta el lazo,  
sino por lucha, al olmo;  
y en el frondoso colmo,

tristes los ruiseñores,  
cantan endechas, quejas y dolores,  
huyendo de los ojos ofendidos,  
por tener a la queja más oídos.  
Y aunque esto advierto y conozco,  
no sé qué oculta violencia  
a esta locura me arrastra,  
en esta pasión me ciega.  
¿Si a algún fin raro el destino  
por estos pasos me lleva?  
Que aun en aquestos errores  
hay oculta providencia;  
porque amar contra el dictamen,  
querer contra la evidencia  
del bien... Pero ¿qué discurso?  
Si puedo ver a Nisea  
intento; que ha muchas noches  
que, por lo que ya recela  
mi esposa, no he entrado aquí.

#### Escena VIII

AURORA y NISEA, que hablan recatadamente desde la entrada. -El DUQUE.

NISEA. Aquí ha de ver vuestra alteza  
la seguridad más firme  
de mi amor y su sospecha.

AURORA. No extrañes, prima, a mis celos  
que tan incrédulos sean;  
que me va en esto la vida.

DUQUE. Nisea es y la Duquesa;  
retirarme de aquí importa,  
y esperar si sola queda. (Vase.)

#### Escena IX

LIDORO. -AURORA, NISEA.

LIDORO. Lo que Irene me asegura  
en el favor de Nisea,  
es cierto, por la verdad  
de hallar abierta la puerta.

Yo he de lograr mi ventura,  
sea traición o no sea;  
que en amores no hay lealtad,  
y más llamándome ella.

NISEA. Señora, este es Alejandro;



retírate y está atenta.  
AURORA. Si esto es cierto, prima mía,  
aquí mis temores cesan. (Retírase.)

#### Escena X

ALEJANDRO y COMINO, que al entrar se detienen, y escuchan desde la puerta. -  
LIDORO, NISEA; AURORA, oculta.

ALEJANDRO. Yo le vi entrar.

COMINO. Yo también.

ALEJANDRO. Aquí, si el Duque no era,  
¿quién puede haber sido?

COMINO. Ahora

Lo veredes.

LIDORO. ¿Si es Nisea?

NISEA. (A LIDORO.)

¿Eres tú, Señor?

LIDORO. Sí soy.

NISEA. ¿Tu duda está satisfecha  
de lo mucho que te estimo?

LIDORO. Sí estoy; pero no creyera,  
aunque me lo dijo Irene,  
que era tan feliz mi estrella;  
mas sea tu blanca mano,  
hermoso dueño, la prenda  
que afiance mi ventura.

NISEA. (Ap. ¡Cielos! no es la voz aquesta  
de Alejandro.) Hombre, ¿quién eres?

LIDORO. Lidoro.

NISEA (Ap.) ¡Qué escucho, penas!

AURORA. ¡Cielos! ¿qué es esto que veo?

COMINO. (Aparte a ALEJANDRO, donde están retirados.)

¿El Lidorico anda en estas?

NISEA. Hombre, ¿qué dices? Pues ¿qué?

¿Tanto tu osadía intenta,  
que aquí te atreves a entrar?

LIDORO. ¿No me has llamado tú mesma?

NISEA. ¿Yo? ¿Cuándo?

LIDORO. Hoy, con Irene.

NISEA. Si engañada pensó ella  
que yo pudiera admitir  
las locas pasiones vuestras,  
yo, que no puedo engañarme  
por lo que sé de mí mesma,  
os digo que si adelante  
dais un paso en esta empresa,

os haré dar el castigo  
que merecéis.

LIDORO. Más modesta  
pudieras desengañarme.

NISEA. Para vos esto es modestia.

ALEJANDRO. (Al paño.)

¡Que deste el Duque se fíe!

Mil estocadas le diera;

pero secreto y respeto

de aqueste sitio me enfrenan.

NISEA. Idos, pues; ¿a qué esperáis?

LIDORO. Vive Dios, que esa respuesta  
merece la grosería

de que a mostraros me atreva

con violencia que os merezco.

NISEA. Hombre atrevido, ¿qué intentas?

(ALEJANDRO hace demostración de arrojarle a él; pero se detiene al salir la DUQUESA.)

ALEJANDRO. Ya es fuerza salir.

AURORA. (Sale.) ¿Qué es esto?

ALEJANDRO. (Ap.) ¡Válgame Dios! la Duquesa.

NISEA. Señora, un hombre es sin juicio.

AURORA. Loco, quien quiera que seas,

¿Así el debido decoro

deste sagrado respetas?

¿Tú aquí has de poner las plantas?

Vete ya de mi presencia,

y este delito el silencio

tanto sepulte, que seas

tú el primero que le olvide;

que porque no haya quien sepa

que hubo quien le cometiese,

más átomos que hay estrellas

no te mando hacer ahora.

Vete y calla. -Ven, Nisea.

NISEA. Sin mí voy deste suceso.

(Vanse AURORA y NISEA.)

## Escena XI

ALEJANDRO, COMINO, LIDORO.

LIDORO. (Para sí.)

¡Cielos, sin alma me dejan!

Yo estoy a grande peligro

si el Duque a saberlo llega.

¡Que de todas mis venturas  
sea estorbo la Duquesa!  
¡Que con el Duque me haya  
descompuesto, y que no pueda  
vengarme desta mujer,  
que en toda parte es mi ofensa!  
Salir de aquí presto importa.

ALEJANDRO. Deténte, Lidoro, espera.

COMINO. (Ap.) Apareja una tetilla,  
si quieres morir apriesa.

LIDORO. (Ap.) ¡Cielos, Alejandro aquí,  
tras de verme la Duquesa!  
Pues aunque mi honor arriesgue,  
me he de ver vengado della,  
y asegurar mi peligro  
la venganza de mi queja.

ALEJANDRO. (Ap. Por que no sepa el intento  
a que vine, haré la queja  
por el Duque.) Yo, Lidoro,  
os vi entrar por esta puerta;  
y creyendo hallar al Duque,  
siguiéndoos vine por ella,  
donde he oído la traición  
con que ofendéis su grandeza,  
pues a la dama que os fía,  
mirar vuestra infamia intenta.  
Porque vais más castigado  
con saber que haya quien sepa  
que sois aleve, no os mato.  
Idos, y nadie lo entienda;  
que yo la palabra os doy  
de que mi silencio sea  
sepulcro de vuestra culpa.

LIDORO. Mas a alguna intención vuestra  
estáis, Alejandro, aquí,  
que a oír la locura ciega  
de mi amor, que me disculpa.  
Y esto bien claro se muestra,  
que vos no veis mi intención  
para veniros tras ella.

ALEJANDRO. Pues sal afuera, traidor,  
si eso imaginas o piensas,  
donde, dándote la muerte,  
con mi acero te desmienta;  
ven, villano.

COMINO. (Ap.) Ven, folías.

LIDORO. Ya os sigo.

Escena XII

El DUQUE. -DICHOS.

DUQUE. ¿Qué gente es esta?

¿Quién va?

LIDORO. (Ap.) ¡Cielos, grave empeño!

ALEJANDRO. ¿Gran Señor? (Ap. Ya es más mi pena.)

DUQUE. Alejandro, pues ¿tú aquí?

ALEJANDRO. (Ap. Sólo con la verdad mesma

salir puedo deste empeño.)

Hoy, Señor, hablé a Nisea,

y al proponerla mi intento,

me dijo que aquí viniera

a hablar en ello esta noche.

DUQUE. Es verdad que sólo ella

darte pudo esa noticia.

Pues según eso, ya acepta

mis amorosos designios.

ALEJANDRO. No he hablado, Señor, con ella,

porque también al jardín

salió ahora la Duquesa.

DUQUE. Es verdad; que yo la vi.

COMINO. (Ap.) Embocósela a su alteza.

DUQUE. ¿Quién viene aquí más?

ALEJANDRO. Lidoro;

que a él fié el guardar la puerta,

porque vos dél os fiáis.

DUQUE. Ya no es posible que pueda

Nisea salir a hablarte.

ALEJANDRO. Pues, Señor, ¿qué es lo que ordenas?

DUQUE. Que nos vamos por no dar

ocasión a la Duquesa

de sospecharlo.

ALEJANDRO. (Aparte a COMINO.)

¡Ay de mí!

Que ya por razones nuevas

a Nisea he de perder.

COMINO. (Ap.) Mas pensé yo que perdieras.

DUQUE. Ven, Alejandro; que tú

has de ser quien la centella

deste loco amor apague. (Vase.)

Escena XIII

ALEJANDRO, LIDORO, COMINO.

ALEJANDRO. (Ap. Quiera el cielo que así sea.)

¿Lidoro?

LIDORO. ¿Qué me queréis?

ALEJANDRO. Esto en mi silencio queda.

LIDORO. (Ap.) No me fiaré yo de él.

ALEJANDRO. Ya habréis visto mi nobleza;  
callad, pues veis que os ha dado  
vida y honor mi cautela. (Vase.)

LIDORO. (Ap.) Yo aseguraré mi riesgo  
de Alejandro y la Duquesa. (Vase.)

COMINO. Plegue a Dios que aquesta entrada  
mala salida no tenga.

Jornada segunda.

Sala del palacio

Escena primera

El DUQUE, con un memorial; LIDORO.

DUQUE. Lidoro, ya a tal extremo  
ha llegado mi pasión,  
que alguna demostración  
aun contra mí mismo temo,  
que mi destino interesa  
en este furioso ardor.

LIDORO. (Ap.) Más preciso es mi temor  
de Alejandro y la Duquesa;  
mas si puedo, de los dos  
me sabré yo asegurar.

DUQUE. ¿Quién bastará a revocar  
todo el decreto de un Dios?

LIDORO. Señor, ¿tú olvidar deseas?

DUQUE. Vencer quisiera este encanto.

LIDORO. Pues no hables en ella tanto,  
ni la busques ni la veas;  
véncete en este deseo.

DUQUE. Yo he de probar desde aquí.  
¿Viste hoy a Alejandro?

LIDORO. Sí.  
DUQUE. Y él, ¿qué siente de mi empleo?

LIDORO. Eso, Señor, es hablar  
de tu pasión amorosa.

DUQUE. Dices bien, va de otra cosa:

¿No le debo yo estimar?

¿En él mi favor no es justo?

¿Viste aquella estimación  
con que, al oír mi pasión,  
se resolvió a darme gusto?

LIDORO. Eso deuda me parece.

DUQUE. No es sino conocimiento  
de que es justo mi tormento,  
y Nisea lo merece.

LIDORO. ¿Esa, Señor, es la prueba?

DUQUE. Esa, sí; que no resisto.

¿Algún enfermo no has visto  
que le prohíben que beba?

Y él, de aquella sed ardiente  
que a su daño le provoca,

para refrescar la boca  
pide el agua solamente;

toma el vaso, y della escaso,  
no intenta beber; mas luego

ve que el agua templó el fuego,  
y se bebe todo el vaso.

Esto me sucede a mí;

mas yo me sabré arrestar.

Propón tú en qué hemos de hablar.

LIDORO. Del Senado.

DUQUE. Vaya, di,

¿qué hay del Senado?

LIDORO. Ha mandado  
observar todas las leyes  
del Areopago.

DUQUE. Aun los reyes  
dellas no se han reservado.

¿No hizo allí ley algún rey  
contra amor injusto, amigo?

LIDORO. Si el delito es el castigo,

¿para qué ha de ser la ley?

DUQUE. Para que diera temor,

para que se resistiera,  
para que yo no me viera  
arrastrado deste amor.

LIDORO. Señor, ¿qué es eso?

DUQUE. Es locura.-

Venced, pasiones, vencid;  
esto es apagar la sed,  
y crecer la calentura.

LIDORO. ¿No advertís que es barbarismo  
no poder vos más que vos?

DUQUE. Pues haciéndome yo dos,  
soy yo menos que yo mismo.

LIDORO. Más sois vos con la razón,  
que con pasión que se olvida.

DUQUE. Si está la razón vencida,  
más soy yo con la pasión.

LIDORO. Pues el valor es vencer  
vos de vos esa mitad.

DUQUE. Tú respondes la verdad,  
pero no es fácil de hacer;  
dejémoslo, que este mal  
cobra en esto más violencia.

Hoy, al salir de la Audiencia,  
me dio un hombre un memorial,  
descolorido y turbado,  
que en él indicio me deja  
de que incluye alguna queja  
de alguno que le ha agraviado.

Mira lo que dice en él.

LIDORO. (Ap.) Déme aliento mi temor,  
pues me obliga a ser traidor  
por asegurarme dél.

Celio anduvo muy leal.

DUQUE. ¿Qué dice?

LIDORO. Ya verlo quiero.

DUQUE. Aunque con mal más severo,  
divierta el cielo mi mal.

LIDORO. Señor, lo que dice aquí  
es un caso muy atroz.

DUQUE. Dilo.

LIDORO. No es para la voz.

DUQUE. Pues ¿por qué no?

LIDORO. Es contra ti.

DUQUE. ¿Contra mí? Aunque sea en mi agravio,  
di, si he de verlo en efeto.

LIDORO. Perdóneme tu preceto;  
que no se atreve mi labio.

DUQUE. Dame el memorial a mí.

LIDORO. (Ap.) Turbado estoy, vive el cielo.

DUQUE. ¿Qué miro aquí?

LIDORO. (Ap.) Ya recelo  
El riesgo a que me atreví.

DUQUE. (Lee.) «Por vuestra casa, Señor,  
»mirad; que en su demasía,  
»vuestro favor da osadía  
»a quien os quita el honor.»

Letras, veneno tirano  
del que contra el alma os mueve,  
el traidor es quien se atreve  
a ponerlos en mi mano.

Yo, ignorando esta traición,  
del dolor no era ofendido;  
pero ya della advertido,  
moriré, si ciertas son.

Yo viviera con mi error,  
y ya morir es preciso;  
luego quien me da el aviso  
es fuerza ser el traidor.

Romperélas, y en castigo  
de su loco atrevimiento,  
daré en átomos al viento (Rómpele.)

tal desprecio a este enemigo;  
que si mata una deshonra,  
y él este riesgo me advierte,  
el que no temió mi muerte,  
no pudo celar mi honra.

¡Ay de mí! Muerto he quedado.-  
Vete, Lidoro, de aquí.

LIDORO. Señor, yo no me atreví  
a adelantar mi cuidado;  
mas si el escándalo es tanto,  
que a este aviso da ocasión,  
ya el callar fuera traición,  
aunque os cause más espanto  
ver vuestra fama agraviada  
de quien por vos tiene nombre,  
y por vos...

DUQUE. ¿Qué dices, hombre?

LIDORO. Si esto es ofenderos, nada.

DUQUE. Prosigue (ya estoy sin mí);  
avisar no es ofender.

LIDORO. Pues si lo queréis saber,  
no os enojéis.

DUQUE. No haré; di.

LIDORO. Pues quien os hace el agravio  
es Alejandro, Señor,  
a quien hace más favor  
la Duquesa.

DUQUE. Cierra el labio;



miente tu aprehensión, y quien  
te lo dijo habrá mentido;  
que mientes si lo has oído,  
y si lo has visto también.  
Vete ya de mi presencia,  
traidor aleve.

LIDORO. (Ap.) ¡Ay de mí!  
Neciamente me atreví.

DUQUE. Vete, y teme la violencia  
de mi enojo enfurecido.

LIDORO. Ya yo conozco mi error.

DUQUE. Vete.

LIDORO. Ya me voy, Señor,  
turbado y arrepentido. (Vase.)

## Escena II

El DUQUE.

DUQUE. ¡Cielos, rigor tan extraño  
para enmendar mi dolor!  
Remedio os pidió mi amor,  
pero no de tanto daño.  
Yo, si padezco este engaño,  
le causé y fui mi enemigo.  
Ya a no culparos me obligo;  
que el que de su mal es medio,  
y al cielo pide remedio,  
bien merece su castigo.  
Si es cierto, yo la ocasión  
les dí... Mas mi esposa viene,  
y esta sospecha conviene  
cerrar en mi corazón.  
Mas ¿si sabrá la razón  
todas las puertas cubrir?  
Porque tantas pudo abrir  
este dolor para entrar,  
que alguna temo olvidar,  
por donde pueda salir.

## Escena III

AURORA, NISEA. -El DUQUE.

(Hablan aquellas aparte, sin reparar en el DUQUE.)

NISEA. Aquel empeño forzoso

estorbó nuestro deseo.

AURORA. Ya, Nisea, mas lo creo  
por lo que veo en mi esposo;  
ya le hallo más cariñoso,  
ya no me habla tan extraño;  
mas el recelo del daño  
crece, aunque el mal se mejora.

NISEA. Pues esta noche, Señora,  
tocarás el desengaño.

(Bajan la voz.)

DUQUE. (Ap.) ¡Válgame el cielo! ¿Qué veo?

Yo estuve ciego; mi esposa  
¿no es más bella y más airosa?  
Pues ¿qué arrastró mi deseo?  
Viendo una y otra, mi empleo  
conozco ya que es error.  
Mas si me quita el honor,  
sin duda debe de ser  
bien que se quiere perder,  
pues me parece mejor.

¿Por esta estrella la aurora  
yo de mi esposa olvidé?  
¿Yo de aquel sol me aparté,  
que tanta luz atesora?  
Mas ¿cómo lo advierto ahora?  
Contra mí mismo me irrito.  
¡Oh loco y ciego apetito,  
que al peligro es menester,  
y sólo sabes querer  
cuando el querer es delito!

NISEA. Señora, el Duque está aquí.

AURORA. Señor, ¿vos tan suspendido?

DUQUE. En miraros divertido,  
no me acordaba de mí.

AURORA. Pues ¿por qué más os debí  
hoy esa atención?

DUQUE. Sospecho  
que mi fineza lo ha hecho,  
y bien nos está a los dos  
que no deis la causa vos,  
sino lo que hay en mi pecho.

AURORA. Siempre a mí más me conviene  
que eso en vos fineza sea.

DUQUE. Creed que ver mi amor desea  
lo que en vos el alma tiene.

AURORA. Si esa dicha me previene

la suerte, voyme, Señor.

DUQUE. ¿Por qué?

AURORA. Por hacer mayor  
el deseo.

DUQUE. ¿Ese es recelo?

AURORA. Y aun temor.

DUQUE. Guárdeos el cielo.

NISEA. (Ap.) Quiera él que olvide mi amor.

(Vanse AURORA y NISEA.)

#### Escena IV

El DUQUE.

DUQUE. ¡Válgame el cielo! ¿Qué sueño,  
qué ilusión me ha enajenado?

¿Yo de mi esposa olvidado?

¿Yo me entregaba a otro dueño?

La ceguedad de mi empeño  
me advierte el temido daño,  
pues fue tan grande mi engaño,  
que hubo menester mi error  
los ojos deste dolor  
para ver el desengaño.

¡Que ella me ofende inconstante!

Pues mejor me ha parecido,  
sospecho, porque esto ha sido  
como quien tuvo un diamante:  
no le estimaba ignorante;  
pasó a otro dueño, que ufano  
le ostentaba; y él, ya en vano,  
miró en él más resplandor;  
mas no lo hizo el ser mejor,  
sino el verle en otra mano.

Lo que más sospecha da  
al alma es ver a mi esposa  
conmigo tan cariñosa,  
cuando tan celosa está.

Mi halago causa será;  
pero no, causa hay mayor.  
Porque es tan vivo el dolor  
de quien ama con recelos,  
que no sosiegan los celos  
si no se trueca el amor.

Fuerte sospecha me da...  
mas ¡qué ciego desatino!

Según la duda examino,  
parece que bien me está.  
Alejandro viene ya;  
más tengo aquí que encubrir:  
No sé si sabré fingir  
con dos males; que un amigo,  
si se trueca en enemigo,  
da dos penas que sentir.

Escena V

ALEJANDRO, COMINO. -EI DUQUE

(Hablan aparte ALEJANDRO y COMINO.)

ALEJANDRO. Comino, no me hables nada  
de Nisea ni mi amor.

COMINO. ¿Qué dices? Mira, Señor,  
que no la pierdas trocada.

ALEJANDRO. Esto ha de ser.

COMINO. ¿Eso quiere  
tu amor ya?

ALEJANDRO. Eso me aconseja.

COMINO. Pues cuélgatelo a la oreja  
para lo que se ofreciere.

DUQUE. ¿Alejandro?

ALEJANDRO. Gran Señor.

DUQUE. ¿Conmigo tanta tibieza?

ALEJANDRO. ¿En qué la halla vuestra alteza?

DUQUE. No verme hoy.

ALEJANDRO. Culpa es de amor.

COMINO. Hoy no ha podido, aunque os ama.

DUQUE. ¿Por qué no ha podido ser?

COMINO. Le ha venido Dios a ver.

DUQUE. ¿Cómo?

COMINO. Ha dejado a su dama.

ALEJANDRO. ¿Qué dices, loco?

COMINO. A bambolla  
quiere meterlo, y con vos,  
la verdad es hija de Dios.

DUQUE. ¿Quién es su dama?

COMINO. La olla.

DUQUE. Y ¿ha dejado la comida?

COMINO. No la deja por virtud.

DUQUE. Pues ¿por qué?

COMINO. Por su salud,  
porque estaba algo podrida.

DUQUE. Alejandro, ¿no has logrado algún empleo amoroso?

ALEJANDRO. Señor, soy poco dichoso.

COMINO. Es, Señor, muy desgraciado.

Si en treinta damas repara,  
le quieren las veinte y nueve;  
y por eso no se atreve  
a mirarlas a la cara.

DUQUE. Y ¿por temores tan vanos  
deja tan feliz destino?

COMINO. ¿Pues es un hombre Tarquino,  
potente rey de romanos?

ALEJANDRO. El que infeliz ha de ser,  
cuando quiere no es querido;  
y si alguna vez lo ha sido,  
se lo estorba otro poder.

DUQUE. (Ap.) ¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?

¿Si habla por mí, presumiendo  
que yo su traición no entiendo?  
Ya en recatarme hago mucho.

COMINO. Señor, aunque esto previene,  
es aludiendo a otras cosas;  
que damas tiene y hermosas,  
aunque pocas.

DUQUE. ¿Cuántas tiene?

COMINO. De veinte y siete se agrada.

DUQUE. ¿Pocas son? ¡Buen corazón!

COMINO. Pues veinte y siete, ¿qué son?  
Fuera de los nueve, nada.

DUQUE. (Ap. A proseguir no me atrevo  
materia tan peligrosa;  
hablar quiero de otra cosa.)

¿Qué hay en la corte de nuevo?

ALEJANDRO. Señor, no hallo novedad;  
la quietud es interés  
de tus vasallos, todo es  
aplauzo a tu majestad.

COMINO. Novedad hay.

DUQUE. ¿Cuál ha sido?

COMINO. Que con otro hombre, un juez  
cogió a la mujer soez  
de un astrólogo amarrido;  
y a él a galeras le echó,  
y su mujer libre fue.

DUQUE. Si ella le ofendió, ¿por qué?

COMINO. Porque no lo adivinó.  
Y otra hay, y del mismo talle.

DUQUE. ¿Qué fue?

COMINO. Bien se puede oír.

Un novio acertó a salir  
con su suegro por la calle.

Uno vestido de negro  
le cascó una bofetada;  
sacó furioso la espada,  
y por darle, mató al suegro.

Un capitán fue testigo.

DUQUE. Y ¿qué hizo? ¿Riñó también?

COMINO. Firmó que quedaba bien,  
porque mató a su enemigo.

DUQUE. De otra novedad me han dado  
cuenta a mí.

ALEJANDRO. ¿Qué fue, Señor?

DUQUE. Queja de un hombre traidor,  
de quien habiendo fiado  
otro amigo honor y vida,  
hacienda, gusto y su ser,  
le ofendió con su mujer  
con fe desagradecida.

¿Qué castigo era ajustado  
a delito tan horrible?

ALEJANDRO. Señor, eso no es posible.

DUQUE. (Ap. Parece que se ha turbado.)

¿Por qué?

ALEJANDRO. Porque a culpa tal,  
aunque su mismo enemigo  
le imaginara el castigo,  
no pudiera hallarle igual.  
Luego si el cielo infinito  
castigo no señaló  
a esa culpa, es porque dio  
por imposible el delito.

COMINO. A mí, Señor, se me ofrece.

DUQUE. ¿Qué dices tú que sería?

COMINO. Que no pudo ser de día,  
pero a escuras, me parece.

DUQUE. (Ap. El negar que pudo ser,  
teniéndolo por horror,  
mi sospecha hace mayor,  
mas yo no lo puedo creer.)

Y a ser cierta ofensa tal,  
¿qué castigo habrá?

ALEJANDRO. Ninguno;

que a dolor tan importuno  
no hay satisfacción igual;

porque la muerte es piedad,  
pues alivio viene a ser  
quitarle el dolor de haber  
cometido esa maldad.

DUQUE. (Ap.) De dudas soy un abismo;  
mas ¡oh juicio temerario!  
si dijera lo contrario,

¿no sospechara lo mismo?

ALEJANDRO. (Ap. Mucho del Duque he admirado  
que no me hable en su deseo.)

Señor, ¿parece que os veo  
de amor con menos cuidado?

DUQUE. No me hables deso.

ALEJANDRO. (Aparte a COMINO.)

¡Qué he oído!

¿Si el Duque ya la ha dejado?

COMINO. Antes pienso que ha pecado,  
pues está ya arrepentido.

ALEJANDRO. Como yo tanto interesó  
en vuestro gusto, Señor,  
y os vi tan ciego de amor...

DUQUE. Eso fue un pasado exceso  
de un antojo mal fundado,  
aun no estable en lo que dura;  
un delirio, una locura,  
que la razón ha olvidado,  
con que yo a mí me castigo;  
y tú muy cansado estás  
en pretender saber más  
de mí, que lo que yo digo.

ALEJANDRO. Señor, en lo que os escucho,  
a mí otro alivio me va.

DUQUE. Pues tú lo has sabido ya,  
pero me has cansado mucho.

ALEJANDRO. ¿Yo os he cansado, Señor?

DUQUE. Sí, y aunque no lo miráis,  
ha mucho que me cansáis  
vos y vuestro ciego error;  
y pues no lo veis, de ciego,  
no me veáis más tampoco.

(Ap. El dolor me ha vuelto loco,  
no sé reprimir su fuego.) (Vase.)

Escena VI

ALEJANDRO, COMINO.

ALEJANDRO. Mundo, ¿a quién no desengaña  
tu mudanza desta suerte?

¿Qué es esto? ¿Llegó mi muerte?

COMINO. La princesa de Bretaña.

ALEJANDRO. Ya sé cuál es mi ventura,

y sé que el mundo es así,

y sé que en sueño viví,

y que no hay dicha segura.

COMINO. Mucho sabes, a fe mía;

y del diablo es tu desgracia,

que al caer perdió la gracia,

mas no la sabiduría.

ALEJANDRO. Comino, este desengaño

el retiro me aconseja;

mas si a Nisea me deja,

luces de bien tiene el daño.

Irme con ella pretendo

a mi tío el rey de Creta;

que no es cordura discreta

esperar rayo y estruendo.

COMINO. Y pues ¿qué será de mí?

ALEJANDRO. De todo serás testigo,

pues ¿tú no te irás conmigo?

COMINO. Y ¡cómo que iré tras ti!

Mas ¿seré allí socorrido?

ALEJANDRO. Nunca yo faltarte pienso.

COMINO. Más que privado eres censo,

si das del honor caído.

Mas la Duquesa, Señor.

ALEJANDRO. Esperar quiero a mi prima,

por si a este intento me anima,

pues lo puede su favor.

## Escena VII

AURORA; luego, el DUQUE. -DICHOS.

AURORA. (Para sí.) Siempre con nuevos desvelos,  
no sosiega el corazón.

¡Oh, qué difíciles son

de asegurar unos celos!

(Sale el DUQUE y quédase al paño.)

DUQUE. Ya a mi esposa mis sentidos

siguen con otro cuidado;

mas a Alejandro ha encontrado:

atención, ojos y oídos.



AURORA. ¿Alejandro?

ALEJANDRO. ¿Gran Señora?

AURORA. ¿De qué tan triste y suspenso?

ALEJANDRO. Sí lo estoy, y es porque pienso que no soy quien era ahora.

AURORA. Pues ¿por qué no?

COMINO. ¡Lindo aliño trae con dudas semejantes!

AURORA. ¿Cómo vos no sois quien antes?

COMINO. Veinte años ha que era niño.

AURORA. Nada sé de lo que pasa.

ALEJANDRO. Pues el Duque con rigor me ha negado su favor.

AURORA. Pues ¿por qué?

COMINO. No estaba en casa.

ALEJANDRO. Sólo sé de mi desgracia que el Duque se fue ofendido, y de su gracia he caído.

COMINO. Y ya no le cae en gracia.

AURORA. (Ap. Cielos, ya vuelve el dolor de mi sospecha al tormento;

sin duda es el sentimiento de haber sabido su amor.

Y para que más no pase su intento, si es contra mí, yo me he de empeñar aquí en que Alejandro se case; que ya su amor he sabido le daré ahora a entender.)

Alejandro, pudo ser que enojado, y no ofendido, el Duque aquí os haya hablado;

mas no por eso temáis, que yo podré que volváis a su gracia, y más amado.

Fíelo vuestro temor, si hacéis lo que yo deseo.

ALEJANDRO. ¿Qué es?

AURORA. Proseguid vuestro empleo; que seguro es mi favor.

DUQUE. ¡Qué escucho!

ALEJANDRO. Pues ¿a qué fin lo decís?

AURORA. ¿No lo entendéis?

Pues yo os haré que logréis las entradas del jardín. (Vase.)

DUQUE. Ya este mal llegó a su extremo.

ALEJANDRO. Sin duda la ha declarado  
Nisea ya mi cuidado.

Pues si esto logro, ¿qué temo?-

Ven; que si logro a Nisea,  
ya ningún daño imagino.

COMINO. Plegue al cielo...

ALEJANDRO. ¿Qué, Comino?

COMINO. No se vuelva alcaravea.

(Vanse ALEJANDRO y COMINO.)

### Escena VIII

El DUQUE. (Sale al tablado.)

DUQUE. Todo mi valor me valga  
en las dudas que examino,  
porque al furor no despeñe  
el dolor de los indicios.

¡Válgame Dios! Desde el punto  
que tuvo el alma este aviso,  
enlazado en la sospecha  
está todo cuanto miro.

¿Si es cautela del dolor,  
o engaño de los sentidos,  
o fuerza de la sospecha?

Esto postrero imagino;  
que quien por un vidrio mira  
que hace algún color distinto,  
todo cuanto ve con él  
está del color del vidrio.

Pues si yo tengo en los ojos  
los antojos fementidos  
del vidrio azul de los celos,  
¿por qué extraña este sentido  
que de su mismo color  
esté todo cuanto miro?

Mas ¡ay de mí! por las puertas  
de un corazón afligido  
¡qué tarde entra el desengaño!

¡Qué presto abren al alivio!  
Mas no del todo he de darme  
al engaño ni al peligro;  
ir quiero en mí confiriendo  
la defensa a los indicios.

El estar mi esposa ahora  
tan cariñosa conmigo

indicio es sobre los otros;  
mas ¿no puede haber sabido  
el empeño que Alejandro  
fingió por intento mío  
con Nisea? Y ¿este empeño,  
junto con haberme visto  
cariñoso, fino amante  
(pues yo también lo he fingido),  
haber sosegado en ella  
las quejas y los suspiros,  
y ser sosiego en sus celos  
lo que yo engaño imagino?  
Si pudiera;... no pudiera:  
que quien celos ha tenido  
nunca halla satisfacción  
que arranque todo el indicio;  
y el corazón más amante  
da envueltas, cuando es más fino,  
en los ecos de los celos  
las voces de los cariños.  
Darme un memorial un hombre  
turbado y descolorido,  
¿no es indicio de traición?  
Traición fue, pues me lo dijo  
su turbación. Sí sería..  
no sería; que este aviso  
aun a dársele a un vasallo  
fuera turbado yo mismo.  
Demás, que si aquesto fuera  
traición, sin haber tenido  
evidencia, o gran sospecha  
para acusar el delito,  
era la traición en vano,  
si yo culpa no averiguo;  
porque, a no haber fundamento,  
¿qué me daba en el aviso?  
Confírmame lo Lidoro  
(que es más probable testigo);  
¿no pudiera ser concierto  
del que me avisó o dél mismo,  
que, envidioso de Alejandro,  
procura su precipicio?  
Sí pudo ser;... mas no pudo:  
que medios hay infinitos  
para culpar a Alejandro,  
si su envidia es el motivo.  
Pero en mi esposa ¿qué tiene

él que envidiar? Ni ella ha sido  
quien fomenta su privanza;  
luego el culparla es preciso  
que no nazca de su envidia.  
¡Oh, mal haya el silogismo!  
Llegar a hablarla quejoso,  
darle consuelo y alivio,  
deuda es de sangre y de un trato  
de amor puro, honesto y limpio;  
pero decir que prosiga  
su empleo, y al repetirlo  
que la entrada del jardín  
le hará lograr, ¿por qué ha sido?  
¿Por Nisea? Yo lo creo...  
Mas no creo, porque indicio  
de ello no se vio. ¿No pudo  
Nisea habérselo dicho?  
Sí pudiera;... no pudiera.  
Locos pensamientos míos,  
¿tan mal estáis con vosotros,  
que sois vuestros enemigos?  
¿La razón contra sí propia?  
¿Cómo hay dentro de mí mismo  
dos bandos de pensamientos?  
No; que, aunque varios, son hijos  
de una imaginación sola;  
solo un discurso los hizo.  
Pues ¿cómo unos contra otros?  
¡Incompreensible artificio!  
¿Dentro de mí mismo hay quien  
esté bien con mi peligro?  
Pues ¿a qué parte del alma  
le está bien este delito?  
¿Quién le procura? El recelo.  
¿Quién es el recelo? El hijo  
del honor. Pues ¿qué pretende?  
Hereda el decoro limpio  
de su pureza. Y ¿qué quiere?  
Quiere ver si le ha perdido,  
para cobrar lo que hereda;  
y presenta estos avisos  
con petición de querella,  
jurando no ser de vicio  
al juez del entendimiento.  
Y ¿quién afirma el delito?  
Él solo. Pues si él lo afirma,  
miente en todo cuanto ha dicho;

porque es parte aquí, y la parte  
no vale para testigo.  
¡Oh confusiones humanas!  
¡Oh dudosos laberintos!  
¿Quién es tan ciego, que piensa  
comprender en su juicio  
las intenciones ajenas,  
los secretos escondidos  
de los pechos de los otros?  
¿Cómo yo ver imagino  
una traición que está oculta  
en dos pechos fermentados,  
si cuando más lo pretendo,  
yo no puedo ni distingo  
lo que mi propio discurso  
tiene dentro de sí mismo?  
Mas ¿por qué en vanas quimeras  
aquí el tiempo desperdicio  
que ha menester el remedio?  
A llamar me determino  
a Lidoro. ¡Qué mal hice  
en maltratarle ofendido,  
pues callará temeroso  
lo que dudoso averiguo!  
Pero yo le daré aliento,  
templado, afable y benigno,  
hasta saber mis agravios;  
y si es cierto su delito,  
tiemble mi furor la tierra,  
tiémblenme montes y riscos,  
y tiemblen los elementos  
del airado aliento mío;  
pues para que se congele  
en rayos lo que respiro,  
hay la nube del engaño,  
el sol de mi honor activo,  
los vapores de los celos  
y el fuego de mis suspiros. (Vase.)

Escena IX

ALEJANDRO, COMINO.

ALEJANDRO. ¡Hay ventura más colmada!

Logró a Nisea mi amor.

COMINO. ¿No te dije yo, Señor,  
que la perderías trocada?

Pues el hablar de ella pare  
aquí luego.

ALEJANDRO. Sí hablarás.

COMINO. Por juicio de Satanás,  
si palabra de ella hablare,  
a mí me lleve el demonio.

ALEJANDRO. ¿No ves que casado estoy?

COMINO. Por eso; que yo no doy  
palabra de matrimonio.

ALEJANDRO. El gusto parto contigo  
de lograr su mano bella.

COMINO. Vive Dios, de no hablar della  
aunque se case conmigo;  
y si usted mucho me apura,  
arrancaré sin parar.

ALEJANDRO. Pues ¿con quién he de ir a hablar  
de mis bodas?

COMINO. Con el cura.

ALEJANDRO. La Duquesa en mi favor  
se ha declarado; estoy loco.

COMINO. Ni eso me mueve tampoco.

ALEJANDRO. Pues ¿por qué?

COMINO. Un novio, Señor,

tenía a la gente cansada  
en hablar de su mujer;  
llegó el día del placer,  
y halló a la novia preñada.

Quedó mudo, y deste hechizo

parió la mujer de Bras

un niño, que hablaba más

que el padre que no le hizo.

«¿Por qué de tu esposa hella

no hablas ya?» le preguntó

un amigo; y respondió:

«Porque hay otros que hablan della.»

Cuando tú, por triste o harto,

no hablabas desa señora,

hablaba yo; mas ahora...

ALEJANDRO. ¿Me lo aplicas?

COMINO. Salvo el parto.

ALEJANDRO. Comino, burlas dejemos;

ya al jardín hemos entrado.

Nisea aviso me ha dado

de que esta noche saldremos

de dudas, ansias y enojos;

que la Duquesa ha hecho empeño

de que ella ha de ser mi dueño.

¡Ay dulce imán de los ojos!  
Si el Duque ya la ha olvidado,  
no hay de qué tener recelo;  
que a su enojo, sabe el cielo  
que yo causa no le he dado.

COMINO. Y ¿si él con noticia estaba  
de tu amor, y lo fingía?

ALEJANDRO. Pues yo ¿con qué le ofendía  
cuando por él la dejaba?

¡Qué! Es locura.

COMINO. No trabuques  
algo que te esté peor.

ALEJANDRO. Que él ya ha olvidado su amor.

COMINO. Señor, no fíes en duques;  
no sea que aquí te vea.

ALEJANDRO. Ya él no puede aquí volver  
por su esposa. Voy a ver  
si ya ha salido Nisea.

COMINO. Y yo ¿voy contigo?

ALEJANDRO. No.

COMINO. Pues ¿me quedo entre claveles?

ALEJANDRO. Cúbrete desos laureles. (Vase.)

#### Escena X

COMINO.

COMINO. Pues ¿soy escabeche yo?

De noche, y ¿solo me quedo?

No es mucha mi cobardía;  
que oyendo el Ave, María,  
pienso que tocan a miedo.

Pues a mi amo le plugo,  
con este laurel me acojo;  
que yo duermo abierto el ojo,  
y pareceré besugo.

(Ocúltase entre los árboles.)

#### Escena XI

EL DUQUE, LIDORO. -COMINO, oculto.

DUQUE. Lidoro, ya de tu aviso  
agradezco la intención.

LIDORO. Señor, sin duda es traición,  
pues él encubrirla quiso.

La Duquesa estaba aquí,  
y yo no vine con él;  
el mentir seña es de infiel,  
y del valerse de mí,  
para encubrir el intento  
con que su engaño venía,  
se infiere su alevosía.

DUQUE. (Ap. Ya concluye el argumento;  
porque si a hablar en mi amor,  
como él me dijo, venía,  
¿a qué mi esposa salía?  
Y si fue acaso, el traidor  
¿por qué me mintió, diciendo  
que con él vino Lidoro?  
Mas ¿qué admiro lo que ignoro  
en él, si a mí no me entiendo?)  
Tú, Lidoro, te retira.

LIDORO. Guardando la puerta estoy  
con mi gente.

DUQUE. (Ap.) Sin mí voy.  
¿Dónde me lleva la ira?

LIDORO. (Ap.) Con esto bien defendido  
de ella y de Alejandro está  
mi error, pues ninguno ya  
contra mí ha de ser creído. (Vase.)

## Escena XII

El DUQUE. - COMINO, oculto.

DUQUE. Si él vino aquí a esta traición,  
aquí ha de volver. Mas, cielos,  
mátenme antes mis celos  
que en mi esposa haya traición.

COMINO. O la vista dificulto,  
o un bulto hacia allí se ve.

¿Quién puede ser? ¿Cosa que  
venga a menearme el bulto?

Levántome, el valor pruebo,  
toco a embestir, tiento el muelle,  
llégome a reconocelle,  
y de miedo no me atrevo.

¿Quién me mete a mí en saber  
lo que será, con mis bríos?

Que un bulto, señores míos,  
tiene mil cosas que hacer.

Qué le diré dificulto;  
mas nada, que soy discreto,



pues iréme con efeto:  
que un discreto no habla a bulto,  
(Vase)

### Escena XIII

EL DUQUE.

DUQUE. Como el que espera el golpe de la muerte,  
ya oída la sentencia, que un punto no divierte  
del tiempo imaginado la violencia,  
y esperando la hora el triste oído,  
es reloj cuanto escucha en el sonido,-  
yo, que la muerte de mi honor espero  
en mi alevoso amigo,  
que viene considero.

Cuanto oigo, pasos son de mi enemigo;  
y el ruido de las hojas, con ser tantas  
tengo por pasos, pero en fin son plantas.  
Dos veces me he engañado con el ruido,  
y he vuelto a aquella fuente,  
y aun ahora advertido,  
si me divierto, vuelvo a la corriente;  
que a un corazón que teme tanto daño  
suele engañarle más el desengaño.  
En cualquier sombra miro su semblante,  
y se apercibe el brío  
contra el pecho inconstante  
de mi enemigo; que el agravio mío,  
como es sospecha, aun en la sombra oscura,  
no viendo nada, encuentra su figura.  
¿Qué será, que parece que le veo?  
Mas la idea agraviada  
en el retrato feo  
del ofensor más viva se traslada  
y como están a oscuras mis enojos,  
ve la imaginación, y no los ojos.  
Entrar no puedo ni apartarme un punto  
de este jardín, que centro  
fue de mi amor difunto.  
No me atrevo a pensar si estará dentro;  
porque, según de mi desdicha advierto,  
temo que, si lo dudo, será cierto.  
Pero, ¡cielos, un hombre allí he mirado,  
y que viene recelo!  
¡El pelo se ha erizado!  
¿Si es él? Que tal no sea quiera el cielo.  
Mas soy tan infeliz, que ya lo creo  
Porque lo contradice mi deseo.

Escena XIV

ALEJANDRO. -El DUQUE.

ALEJANDRO. (Ap. Allí está Comino.) Amigo,  
ya es mi fortuna mejor, (Al DUQUE.)  
y ya no temo del Duque  
ni enojo ni indignación.  
yo he estado con la Duquesa,  
y me ha hecho su favor  
dueño de tan deseada  
y dichosa posesión.

DUQUE. (Aparte.)

¡Caiga el cielo sobre mí!

ALEJANDRO. Si yo logro de mi amor  
con su favor la esperanza,  
¿a qué aspira mi ambición?  
Ven; que allá te daré cuenta  
de lo que pasa.

DUQUE. Traidor,  
yo te haré dos mil pedazos.

ALEJANDRO. ¡Qué miro! ¡Válgame Dios!  
Señor, reportad las iras;  
que por defenderme yo  
saco la espada no más.

(Sacan las espadas; retírase ALEJANDRO defendiéndose, y el DUQUE lo persigue.)

Escena XV

AURORA, NISEA; luego, ALEJANDRO; después, el DUQUE.

AURORA. ¡Ay, Nisea!

NISEA. ¡Muerta estoy!

AURORA. ¿Qué es esto?

NISEA. No sé, Señora.

(Sale huyendo ALEJANDRO, atraviesa el teatro, y vase, después de decir estos versos.)

ALEJANDRO. Huyendo vuestro furor,  
me voy para no ofenderos.  
(Vase.)

AURORA. ¡Guardas, criados, traición,  
traición en palacio!

DUQUE. (Sale.)

¿Dónde  
se fue? que tan ciego estoy,  
que te he perdido de vista.

AURORA. Del Duque es aquesta voz.-  
¡Acudid presto, criados!

Escena XVI

IRENE, criados, con hachas encendidas y las espadas desnudas; luego, ALEJANDRO, LIDORO, COMINO y gente. -AURORA, NISEA, el DUQUE.

CRIADOS. Hacia aquí suena el rumor.

DUQUE. (Aparte.)

Cielos, ¡qué miro! Mi agravio  
es público ya.

AURORA. Señor,

¿Vos el acero desnudo?

LIDORO. (Dentro.)

Dáos, Alejandro, a prisión.

(Salen LIDORO y gente acuchillando a ALEJANDRO y COMINO.)

ALEJANDRO. Solo mi vida definiendo;

mas ya en su presencia no;

que las armas y la vida

rindo al Duque, mi señor.

DUQUE. (Ap. Ya aquí es notoria mi afrenta,

y el castigo a la traición

también ha de ser notorio.)

Lidoro, llevadle vos

preso a Alejandro a la torre.

ALEJANDRO. Por obedecerte voy,

y a morir fuera contento;

solo os digo...

DUQUE. Vuestra voz

no salga del pecho, infame.

ALEJANDRO. Infame no; vive Dios,

que... Mas por obedecer

callo.

DUQUE. Llevadle.

ALEJANDRO. Ya voy.

(Vanse LIDORO y su gente, llevándose presos a ALEJANDRO y COMINO.)

Escena XVII

AURORA, NISEA, el DUQUE, criados.

NISEA. (Aparte.)

Cielos, ¡qué miran mis ojos!

Tiranía y celos son.

¡Ay, Alejandro infeliz!

AURORA. Pues ¿a mis ojos, Señor,

ejecutáis las venganzas

de vuestra ciega pasión?

no siento ya las ofensas

que resultan a mi amor;

que despreciéis mi decoro

sólo he sentido de vos.

Las armas de mi respeto

defendían mi afición;  
mas ajadas, solo quedan  
las de mi llanto veloz. (Llora.)

DUQUE. (Aparte.)

Irritado y compasivo  
mirando su llanto estoy;  
¿quién puede dudar que llora  
de Alejandro la prisión?  
Pues ¿cómo, cuando se ve  
provocar más mi furor,  
me entenece? Mas ¿qué mucho,  
si aquel llanto, aunque es traición,  
le está sintiendo mi agravio,  
y le está viendo mi amor?  
Mas ya es afrenta tenerle,  
y entre estos afectos dos  
del amor y del agravio,  
pues tan poderosos son,  
y entrambos contra el decoro  
por no obligarme, me voy  
a que el furor me despeñe  
o me arrastre la pasión.

(Hace que se va.)

AURORA. ¿Qué es esto, Señor? ¿La espalda  
me volvéis? ¿Tras el dolor  
de la ofensa me negáis  
el consuelo de la voz?-  
¿Hay mujer más desdichada?

DUQUE. (Aparte.)

¿Hay más violento rigor?

AURORA. ¿Señor, Señor?...

DUQUE. (Aparte.)

¡Qué violencia!

AURORA. ¿No me habláis?

DUQUE. (Aparte.)

¡Desdicha atroz!

AURORA. Decidme aunque sea un desprecio.

DUQUE. (Aparte.)

No me deja el corazón.

AURORA. ¡Que se vaya sin mirarme!

DUQUE. (Aparte.)

¡Qué pesados pasos doy!

AURORA. Por no morir no le miro.

DUQUE. (Aparte.)

Por no volver, muerto voy.

AURORA. Mas no puedo.

DUQUE. (Aparte.)

Mas vencióme.

(Vuelve.)

AURORA. ¡Ah ingrato!...

DUQUE. (Aparte.)

¡Ah injusto amor!...

AURORA. Plegue al cielo...

DUQUE. (Aparte.)

El cielo quiera...

AURORA. Que a tu culpa...

DUQUE. (Aparte.)

A tu traición...

AURORA. Dé muchos años de vida.

DUQUE. (Aparte.)

Nunca me los dé sin vos.

Jornada tercera

Antesala de palacio.

Escena primera

COMINO, muy desandrajado; luego, IRENE.

COMINO. Los que priváis, como yo,

con los duques desta vida,

notad la historia perdida

de quien con ellos privó.

Todo hombre cuerdo y honrado,

con mi ejemplo verdadero,

se meta a sotacohero

antes que a sotaprivado.

Venme aquí, que por la villa,

muriendo de hambre y de frío,

ando, sin bajar al río,

con más trapos que Inesilla.

Este el fin preciso es

de quien como yo camina

que del Duque en la cocina

no valgo para marqués;

porque, después que a mi amo

y a la Duquesa prendieron,

y de que al Duque ofendieron

corre la voz y el reclamo,-

ya todos, porque él fue malo,

conmigo en tal odio están,

que ya me niegan el pan,  
y me dan luego del palo.  
A ver a palacio voy,  
si hay quien me conozca aquí:  
aprended, trapos, de mí  
lo que va de ayer a hoy;  
que, según por pecatriz  
apaleado y sacudido  
me veo, pienso que ha sido  
mi caída de tapiz.

Y si aquesto cierto es,  
como lo imagino ya,  
sacudirme ahora será  
para colgarme después.  
Mas Irene por allí  
pasa; a llamarla me atrevo,  
por saber lo que hay de nuevo.-  
¡Ah Irenilla! zape aquí.-  
¡No se mueve a la llaneza!-  
¡Ah Irene! ¡Ah señora Irene!

IRENE. (Sale.)

¿Quién es quien llama?

COMINO. Quien viene  
por audiencia a vuestra alteza.

IRENE. ¿Quién es?

COMINO. ¿No ve su atención  
quién soy?

IRENE. No caigo, a fe mía.

COMINO. Pues yo sé cuándo caía  
Vusía en la tentación.

IRENE. No le conozco.

COMINO. Sí harías  
si trataras de guisar;  
mas ya no debes de andar  
hacia las alcamonías.

IRENE. Por esas señas no atino;  
señáleme más abajo.

COMINO. No te habrás puesto hoy el ajo,  
pues te olvidas de Comino.

IRENE. ¡Jesús! ¿Tú así?

COMINO. Los ratones  
me han dado la honra en que estoy.

IRENE. ¿Cómo?

COMINO. Han probado que soy  
pariente de los Girones.

IRENE. Pues ¿cómo en tantos retazos  
paró gala tan cumplida?

COMINO. Porque cualquiera caída  
deja a un hombre hecho pedazos;  
mas, esto dejando a un lado,  
¿qué hay por acá?

IRENE. Grandes penas.

Ya sabes la ley de Atenas  
y el imperio del Senado.  
Pues siendo tan rigurosa  
la ley contra el adulterio,  
como en este vituperio  
cayó la Duquesa hermosa,  
siendo público el delito,  
está ya dél acusada,  
y la defensa aplazada;  
que aquel Lidoro maldito  
defiende la acusación.  
Y el Duque, por no alterar  
la ley, no puede excusar  
su muerte; y la indignación,  
temiendo en su padre, el rey  
de Creta, vengarse deja  
de este modo: que a su queja  
satisface con la ley.  
Por jueces señalan dos  
de los de edad más anciana,  
y a tu amo y ella mañana  
los queman.

COMINO. ¡Fuego de Dios!

Y ¿tú piensas que los dos  
pecaron?

IRENE. ¿Cómo podré  
yo decir lo que no sé  
ni presumí?

COMINO. Vive Dios,  
que esto es testimonio y treta.

IRENE. Pues ¿por qué lo has presumido?

COMINO. Porque tú no lo has sabido,  
siendo tan grande alcahueta.

IRENE. ¿Piensas tú que hubo maldad?

COMINO. ¿Yo tal de tales amigos?

IRENE. Pues con este hay dos testigos  
de una misma calidad;  
mas yo vengo por espía  
a ver si el Duque ha salido,  
porque Nisea ha querido  
hablarle con osadía;  
que ella crê que el Duque muerte

dar quiere a su esposa bella  
para casarse con ella.  
COMINO. Eso bien claro se advierte.  
IRENE. Pues ya su cuarto está abierto;  
yo voy a avisarla pues. (Vase.)

#### Escena II

COMINO; después, LIDORO y un CRIADO.  
COMINO. Yo me he de echar a sus pies,  
por si en ellos hallo puerto.  
(Sale LIDORO, se dirige a la habitación del DUQUE; y al llegar a la puerta aparece un  
CRIADO, que le detiene.)

CRIADO. Lidoro, el Duque ha mandad,  
que vos no le entréis a ver.  
LIDORO. Pues ¿porqué ha podido ser?  
CRIADO. Todo hoy ha estado cerrado;  
y es tan grande su tristeza,  
que a nadie ha visto la cara.  
Yo, porque no peligrara  
en mayor daño su alteza,  
por más que lo ha resistido,  
los músicos hice entrar,  
y ya, de oírlos cantar,  
está algo más divertido.  
Y en particular me ha dado  
esta orden para vos. (Vase.)

#### Escena III

LIDORO, COMINO.  
LIDORO. (Para sí.)  
Confuso estoy, vive Dios.  
¿Si algo de mí ha sospechado?  
Mas ver de su esposa bella  
la muerte ya tan cercana,  
pues es el plazo mañana,  
siendo yo instrumento della,  
le hará mi presencia odiosa.  
Irme quiero, y la ocasión  
quitará mi turbación  
de que sospeche otra cosa.  
Mas vano temor me lleva:  
estando de mí acusada,  
y su defensa aplazada,  
la ley no admite otra prueba.  
No desdiciéndome ya,  
o ha de morir o ha de haber



quien la salga a defender,  
y es cierto que no lo habrá. (Vase.)  
COMINO. ¡Que ande en el mundo este perro  
sin que le den cruda muerte!  
¿Para quién guarda la suerte  
las estocadas por yerro?  
(Entrase por la puerta de la habitación del DUQUE.)

Gabinete del Duque.

Escena IV

El DUQUE, sentado; músicos, dentro.

MÚSICA. (Dentro.)

Ven, muerte, tan escondida,  
que no te sienta venir,  
porque el placer de morir  
no me vuelva a dar la vida.

DUQUE. «¿Ven, muerte, tan escondida,  
que no te sienta venir,  
porque el placer de morir  
no me vuelva a dar la vida?»

Muerte, si el dolor fatal  
cesa en ti, ven a mi llanto  
presta y escondida, tanto  
como me vino mi mal.

Escondida, porque igual  
sea el alivio a la herida;  
tan presto, porque la vida  
durará, si él es molesto;  
y si no puedes tan presto,  
Ven, muerte, tan escondida.

Si siento tu planta helada  
dentro de mi pecho, infiero  
que el contento de que muero  
te ha de resistir la entrada.

Mas si tan disimulada  
vienes, que entras sin sentir,  
no podrá. Y pues resistir  
cuando estés dentro no puedo,  
pisa en mi dolor tan quedo,  
Que no lo sienta venir.

Y si quiere tu rigor  
saber por qué te deseo,  
cuando tu semblante feo  
da a la vida tanto horror,-  
ven a acabar mi dolor;  
que tú sabrás al venir  
porque no quiero vivir;

pues si el morir es placer,  
al partir yo, vendrá a ser  
Porqué el placer de morir.  
Y si al cesar mi tormento  
cuando a tu espada muriere,  
vieres que el contento quiere  
entrar en mi sentimiento,-  
mata también al contento  
con el golpe de la herida  
(que él, si has de ser mi homicida,  
primero ha de defender),  
porque aquel mismo placer  
No me vuelva a dar la vida.  
¡Ay de mí! ¡Ay fiero pesar!  
Dejadme.- ¿Quién está aquí?

Escena V

Un CRIADO, COMINO, que entra detrás de él. -El DUQUE.

CRIADO. Yo, Señor.

DUQUE. Que cesen di;  
que no quiero oír cantar.

A nadie he de recibir:  
solo conmigo he de estar  
hasta que venza el pesar  
y me acabe de rendir.

CRIADO. Yo me voy.

DUQUE. ¿Quién está allí?  
Mirad quién entra aquí dentro.

COMINO. Yo, Señor; mas ya no entro.

DUQUE. Tened ese hombre.

COMINO. ¡Ay de mí!

DUQUE. ¿Quién sois?

COMINO. Pues en mis harapos  
¿No lo ves? Yo fui escopeta,  
adelgacé, y fui baqueta,  
y he quedado en sacatrapos.

DUQUE. ¿No decís quién sois?

COMINO. No atino,  
de lo turbado que estoy;  
pero de saber quién soy  
no se os dé a vos un comino,  
ni aquesto el juicio os trabuque.

DUQUE. ¿Que sois Comino decís?

COMINO. Mas quisiera ser anís.

DUQUE. ¿Por qué?

COMINO. Por serlo del Duque.

DUQUE. (Ap. Este hombre ha sido criado

de mi aleve y falso amigo;  
de mi mal sería testigo,  
habiéndole acompañado.  
¡Que haya osado entrarme a ver!)  
Pues ¿cómo vos no estáis preso?  
COMINO. ¡No vengo yo a saber eso,  
sino a pedir qué comer;  
que muero a necesidades  
y yo no os he excomulgado,  
para que me hayan privado  
de las temporalidades.  
DUQUE. De Alejandro a la prisión  
llevad a este hombre de aquí,  
porque le acompañe allí,  
como lo hizo en la traición.  
CRIADO. Venid.  
COMINO. ¿Señor?...  
DUQUE. Si porfía,  
echadle por un balcón.  
COMINO. Señor, que aquella traición  
no era para compañía.  
DUQUE. Llevadle luego, o matadle.  
CRIADO. ¿Queréis venir o morir?  
COMINO. Si me dejan elegir,  
Ejecútese el llevadle.  
(Llévase el criado a COMINO.)

## Escena VI

EL DUQUE.

DUQUE. Cielos, ¿para qué me entrego  
al peligro de estar solo,  
si doy lugar a la lucha  
de mi amor y de mi enojo?  
De mi ingrata esposa juntos,  
para morir de uno y otro,  
retratado en la memoria  
tengo el agravio y el rostro.  
Cuando imagino mi agravio,  
del pecho llamas arrojo,  
y cuando su rostro miro,  
hacen su oficio los ojos.  
¡Oh honor cruel! ¡oh ley dura!  
Si el morir ella es forzoso,  
¿Por qué dejas mi amor vivo,  
cuando matas lo que adoro?  
Pero ¡qué miro! ¡las damas  
de mi esposa, el cuerpo todo

lleno de luto, y Nisea  
con el semblante lloroso  
entran en mi cuarto! En vano  
solicitan el abono  
de su culpa, cuando en mí  
fuera menester tan poco.

#### Escena VII

NISEA, IRENE y DAMAS; todas de luto. -El DUQUE.

NISEA. A vuestras plantas, Señor,  
lleno mi dolor de asombros,  
cubierto el cuerpo de luto,  
y de lágrimas los ojos;  
a vuestras plantas, Señor,  
una y mil veces me postro,  
no a rendiros mi obediencia,  
sino a irritar vuestro enojo.  
No vengo, Señor, humilde  
a pedir por quien lloro;  
que aunque vos no lo sabéis,  
es Alejandro mi esposo.  
A culparos atrevida  
vengo el más cruel destrozo  
que inhumano rigor pudo  
cometer contra sí propio;  
y a costa de mi peligro,  
a que sepa el mundo todo  
que injustamente a mi prima  
culpáis el casto decoro.  
El cielo puro es testigo  
de que Alejandro entró solo  
al jardín, siendo llamado  
de mi deseo amoroso;  
y de que fue tan leal,  
que hasta escuchar de vos propio  
que ya olvidabais mi amor,  
por vos despreció mis ojos.  
Y si intentáis ofendido,  
o por mi amor o por odio  
de vuestra esposa, su muerte  
con medio tan afrentoso,  
yo, que ya mi riesgo temo  
menos que el daño que lloro,  
esta crueldad, este engaño  
haré en el mundo notorios.  
Y porque el amor injusto  
que os mueve se trueque a enojo,

si os ofendió el que me quiso,  
yo os confieso que le adoro.  
Sébase que por lograr  
vuestro amor y vuestro antojo,  
culpáis un honor que al sol  
injurió sus rayos de oro.  
Siendo vuestro honor el suyo,  
¿cómo, Duque injusto, cómo  
(a morir vengo resuelta,  
no me extrañéis el arroj),  
cómo pues la dais la muerte  
con golpe tan injurioso,  
que primero que su vida,  
ha muerto vuestro decoro?  
¿Esto cabe en pecho humano?  
¿Hay brazo tan riguroso,  
que para matar, comience  
desde sí mismo el destrozo?  
No es posible, no es posible,  
ni pueden ya mis sollozos,  
pensándolo, detener  
de mi llanto los arroyos.  
Gran Señor, volved en vos;  
que a vuestro daño interpongo  
mi llanto, pues os suspendo  
en vuestro peligro propio.  
Y perdonad si mi labio  
del respeto rompe el coto,  
pues resulta en honor vuestro  
que os le haya perdido loco.  
Si mi amor, Señor, os mueve,  
mirad que por ese logro  
dais de vuestro honor el precio,  
pudiendo costar más poco.  
Menos daño hubiera sido  
atropellar mi decoro.  
porque aunque fuerais tirano,  
no quedabais afrentoso.  
En dar muerte a vuestra esposa,  
si acaso os irrita el odio,  
¿para qué gastáis lo honrado,  
si basta lo poderoso?  
Muera, Señor, porque os cansa,  
mas no por el testimonio;  
que por salvar un delito  
no es bien dorarle con otro.  
Si con la ofensa el rigor

pensáis cubrir, no es abono,  
porque os está lo ofendido  
peor que lo riguroso.  
Y si acaso en vos ha sido  
sospecha, o fue de Lidoro  
traición, es más culpa vuestra  
dar crédito a un alevoso:  
él pretendió mis favores,  
agraviando alevoso y loco  
vuestra misma confianza  
y mis blasones heroicos;  
y si, como he presumido,  
ha sido el autor de todo,  
fue por cubrir el delito  
de su intento cauteloso;  
que el honor de la Duquesa  
ha sido y es más lustroso  
que los astros que ilumina  
el sol con incendio rojo.  
Pero si es pasión tirana  
y os ciega mi afecto solo,  
propongo al mundo y al cielo  
que mi valor generoso,  
cruel con mi misma vida,  
y con mi lealtad piadoso,  
se haga pedazos primero  
que consienta tal oprobio.  
Yo misma me daré muerte,  
y mis brazos y mis ojos,  
mis manos, mi horror, serán  
instrumento a falta de otro.  
Mire pues vuestro rigor  
si es el motivo ese antojo,  
que no ha de lograr su intento  
y ha de quedarle el desdoro;  
porque al ruego, a la amenaza,  
a la violencia, al enojo,  
al cariño y al poder,  
será mi pecho un escollo,  
donde yo, y después de mí,  
de vuestro amor afrentoso,  
la nave se haga pedazos,  
y puede ser que el piloto.  
(Vase.)

IRENE. (Aparte.)

Absorta voy de escucharla;  
si esto no templará su enojo,

Nisea ha sido la nave,  
y el Duque ha sido el escollo.  
(Vase IRENE con las damas.)

### Escena VIII

EL DUQUE.

DUQUE. Sin sentido, sin alma, sin aliento  
me ha dejado Nisea;  
todo el cielo resista mi tormento,  
que mi valor flaquea,  
y a defensa menor dará desmayo  
el encendido asombro deste rayo.  
Alejandro era amante de Nisea,  
Lidoro pretendía  
su favor; y aunque el alma no lo crea  
¿posible no sería,  
ser traición, pues toda la evidencia  
con este aviso queda en apariencia?  
Si esto ser pudo (doy que no haya sido,  
sino que ser pudiera),  
¿cómo el honor, sin verlo, lo ha creído?  
¡Oh información primera,  
estrage de las honras y las vidas!  
¡Cuántas han sido falsas y creídas!  
¿Cabiendo duda, ciego lo he creído?  
¿Cómo no pierdo, cielos,  
el aliento, la vida y el sentido?  
Pero a espacio, desvelos:  
que no es remedio para el mal que toco  
enloquecerme más porque fui loco.  
Acudir al remedio me conviene,  
y averiguar primero  
que me resuelva, el alma que esto tiene:  
mas ¿cómo verlo espero,  
si de ciego lo erré, y mi error pensando  
más con este dolor me voy cegando?  
Pero de amor y honor he de apartarme.  
Y la razón desnuda,  
solo aquí, como juez, considerarme  
para apurar la duda.  
¡Ah deseo! ¡qué bien que lo dispones  
si no lo ejecutaran las pasiones!  
Ya de la industria que lograr espero,  
norte las sombras sean:  
con mis dos enemigos verme quiero,  
mas sin que ellos me vean;  
la noche ya a este empeño me socorre,

y en dos cuartos están de aquesta torre  
llave tengo, esta puerta al de mi esposa  
pasa, por ella entro;  
turbada llevo el alma y temerosa;  
(Abre la puerta, y dice al entrar.)  
mas ya abrí y ya estoy dentro.  
Alma, toda te da a cada sentido;  
que vamos a buscar mi honor perdido.

Cuarto de la torre. -Una luz sobre un bufetillo.

#### Escena IX

AURORA, sentada; luego, el DUQUE, después, dentro, músicos.

AURORA. Tristes pensamientos míos,  
que en esta sola prisión  
me acompañáis, no ceséis,  
aunque dobléis mi dolor.  
Aquí tan sola me veo,  
y tan sin amparo estoy,  
que a mis penas agradezco  
que me asista su rigor.

(Sale el DUQUE y se queda al paño)

DUQUE. Ya, honor, tienes la batalla  
presente. Temblando voy;  
mas, corazón, ¿tu enemigo  
no es aquel? ¡Válgame Dios,  
qué hermosa está! No es posible  
ser enemigos los dos;  
que quien tanto me le lleva,  
no ha ofendido al corazón.

(Suena música dentro.)

AURORA. Ya suena el triste instrumento  
a que acompaña una voz,  
cuyo acento a mis oídos  
llega por darme dolor.  
¿Dónde cantarán, que aquí  
aun no llega a entrar el sol?  
Y pues el dolor me aumenta  
llegue este acento veloz.

MÚSICA. Pues la noche de la injuria  
robó la luz a mi honor,  
mas que me anochezca siempre,  
mas que nunca salga el sol.

(Llora la DUQUESA.)

DUQUE. ¡Qué miro, cielos! llorando  
ha respondido a la voz;



mal saldré desta batalla,  
si ya rindiéndome voy.  
AURORA. Acompañad, ojos míos,  
de aquellas voces el son,  
pues cuanto explican sus ecos,  
habla a mi pena por vos.  
Para todos el sol nace,  
y solo para mí no,  
porque en mi esposo tenía  
mi amor, el día y el sol.  
Y pues por su ingratitude  
he perdido su esplendor...  
ELLA y la MÚSICA. Mas que me anochezca siempre,  
mas que nunca salga el sol.  
DUQUE. ¿Qué decís, corazón mío?  
¿Esto es falso? ¿cupo error  
en aquel limpio cristal  
de aquellas lágrimas? No.  
¿Quién lo responde? El deseo.  
¿Quién lo pregunta? El honor.  
¿Y dice que sí? Bien dice;  
y que es falso y que es traición  
pensar que aquella hermosura  
manchase el puro candor  
de su honestidad. Mintieron  
los sentidos y la voz  
y el alma. Mas ¡ay de mí!  
Que honor en la información  
ha tachado este testigo,  
Porque es hijo del amor.  
Pues a la prueba, sentidos,  
digan los que sin pasión  
pueden hablar deste caso.  
Y esos testigos ¿quién son?  
La atención y la cautela.  
y ¿cómo podrán los dos  
decir aquí? Desta suerte.  
(Se adelanta y mata la luz)  
AURORA. ¿Qué es esto? ¡Válgame Dios!  
¿Quién, ha entrado aquí?  
DUQUE. ¿Señora?  
AURORA. ¿Quién me llama? ¡Muerta estoy!  
DUQUE. (Ap. Para que no me conozca  
disimularé la voz.)  
Un caballero piadoso,  
que desta triste prisión  
os viene a dar libertad.

AURORA. (Ap. Cielos, mi pena cesó.)

¿Qué dices, amigo? ¿Es cierto?

DUQUE. Veréis la demostración.

AURORA. ¿Luego ya el Duque, mi esposo,  
se ha desengañado?

DUQUE. No;

que antes lo intento por ser  
ya vuestro riesgo mayor.

AURORA. Luego ¿no es él quien me libra?

DUQUE. No, Señora, sino yo.

AURORA. ¡Oh contento como mío!

¡Qué breve es tu duración!

Entraste al pecho, y duraste

solo el tiempo que bastó

para que el alma te viese,

siendo tu intento traidor

dejar al alma el tormento

de perder el bien que vio.

¿Mi esposo más indignado?

ojos míos, duros sois, (Llora.)

pues vuestro llanto a sus pies

no llega en curso veloz.-

Vos, quien quiera que seáis,

si para entender mi voz

lugar os da el llanto mío,

idos; que de mi aflicción,

si aliviarla habéis pensado,

me habéis doblado el rigor.

La pena que yo padezco

no es esta triste prisión,

ni la muerte, que ya espero;

que aunque aquestas penas son,

no son penas, comparadas

a la que tengo de amor.

Ni vida ni libertad

quiero sin él; id con Dios,

y dejadme con mis penas,

llorando su sin razón;

Que si librarme es perderle,

no es piedad ni alivio en vos

sacarme de las menores,

y doblarme la mayor.

DUQUE. (Ap. ¡Qué escucho! deste placer

no es capaz el corazón,

pues de todos los sentidos

el uso no arrebató;

mas no le quede raíz

de sospecha al corazón,  
salga todo de una vez.)  
Señora, mirad que yo  
tengo ya libre a Alejandro,  
y os está esperando a vos  
para llevaros a Creta.

AURORA. ¿Qué decís? ¿Sabéis quién soy?

¿Yo, para librar la vida,  
poner a riesgo mi honor  
de hacer cierta la sospecha,  
la imaginada traición?  
¿Yo con ese hombre? Aunque el medio  
de reducir a mi amor  
al Duque, a quien tanto adoro,  
y restaurar mi opinión,  
fuera ese, no lo emprendiera.  
Hombre, quien quiera que sois,  
idos, y dejadme ya  
(leal seáis o traidor)  
llorando aquí mis desdichas;  
Y mirad qué tales son,  
pues habiéndome vos hecho  
tan loca proposición,  
aun no me dejan aliento  
para enojarme con vos.

DUQUE. (Ap. El corazón me ha partido.

¡Oh ejemplo puro de amor!  
¡Oh inocencia perseguida!  
¡Oh ciego y bárbaro yo!  
¡Que a esta traición haya dado  
tan cruel disposición,  
que aquí abrazarla no pueda  
ni declararla quien soy,  
hasta que se haya enmendado  
lo que la sospecha erró!  
Mas recibe, dueño mío,  
hasta que pueda mejor,  
este abrazo que en el alma  
te da la imaginación.)  
Siendo tal vuestra inocencia,  
Tenéis, Señora, razón,  
y hacéis bien en esperar  
que el cielo vuelva por vos;  
y el Duque ha de conocerlo.

AURORA. Soy muy desdichada yo  
para lograr tal ventura.

DUQUE. Si él os quiere, ¿por qué no?

AURORA. ¿Quererme el Duque? ¡ay de mí!

Amigo, si a dar favor  
venís, o alivio a mis penas,  
no renovéis mi pasión;  
idos, por Dios, y dejadme;  
que acordando su rigor,  
cada vez que le nombráis,  
me partís el corazón.

Idos, dejadme en mi llanto.

DUQUE. (Ap. ¡Esto resistiendo estoy!)

Señora, esto en mi es piedad.

AURORA. Ya por no oíros me voy.

DUQUE. ¿Os vais ya, Señora?

AURORA. Os temo.

DUQUE. Pues ¿qué teméis?

AURORA. Vuestra voz.

DUQUE. ¿Os ofende?

AURORA. Me atormenta.

DUQUE. Pues perdonad.

AURORA, Id con Dios,  
y crêd que agradezco el celo,  
pues os perdono el error. (Vase)

Escena X

El DUQUE.

DUQUE. ¡Ay cielo! el alma me lleva

tras el eco de su voz;  
ahora siento el error ciego  
de mi loca presunción.

¡Que es posible, suerte esquiva,  
que hiciese hombre como yo,  
arrastrado de un engaño,  
público su deshonor!

¡Yo a mi esposa he permitido  
tan infame acusación,  
que ya, sin ser defendida,  
no tiene enmienda su honor!

¡Oh liviandad ciega y loca  
de una rabiosa pasión!

¿Que hombre fue cuerdo con ella?

Todos erraron, y yo  
erré todo lo que todos.

Mas ¿cómo siento mi error  
ahora? Mas es que estaba  
ocupado el corazón  
con el dolor del agravio,  
y como todo salió,

dio lugar para que entrara  
todo este nuevo dolor.  
¡Oh falso y traidor Lidoro!  
Mas ¿qué digo? aunque el candor  
de mi esposa está tan puro,  
¿no pudo dar la intención  
de Alejandro causa al daño?  
Pues a averiguarlo voy.  
Cerrar quiero aquesta puerta,  
y abrir la de su prisión,  
que divide el otro cuarto.  
Aquí dejo el corazón.-  
hasta que te vea en mis brazos,  
esposa querida, adiós.-  
Esta la puerta ha de ser;  
y con más seguridad  
de poderme conocer,  
podré saber la verdad,  
porque aquí luz no ha de haber.  
(Éntrase cerrando la puerta, y sale por otra.)

Otro cuarto de la torre. - No hay luz.

Escena XI

ALEJANDRO y COMINO, con cadenas. - El DUQUE.

ALEJANDRO. Comino, ¿qué hemos de hacer?

Yo no tengo más ventura.

COMINO. ¡Gran rigor!

ALEJANDRO. Esto es poder.

COMINO. Pues te obliga a padecer,  
no es poder, sino escritura.

¡Que muera asado un mancebo  
como huevo!

ALEJANDRO. Yo en la fragua  
de mi llanto morir debo.

COMINO. Si eso es pasado por agua,  
también es muerte de huevo.

Mas ¿qué te parece a ti?

si esto llega a que él te queme

¿Harán lo mismo de mí?

ALEJANDRO. Temo, Comino, que sí.

COMINO. Lleve el diablo quien tal teme.

ALEJANDRO. Tres males me dan dolor  
mayor que muerte tan fea:  
faltar el Duque a mi amor,  
perder sin culpa el honor,  
y no lograr a Nisea.

DUQUE. (Ap. ¡Cielos, contra su lealtad  
falso es cuanto el alma piensa!

apuraré la verdad;  
que tanto como la ofensa,  
siento el perder su amistad.)

¿Alejandro?

COMINO. ¡Ay santa Irene!

ALEJANDRO. ¿Quién es?

COMINO. Alguna alma en pena.

DUQUE. No temáis.

COMINO. ¿Qué, duda tiene?

algún muerto es, que se viene  
al ruido de la cadena.

ALEJANDRO. No hay daño que presumir.

COMINO. No quiero que a mí me encarne.

ALEJANDRO. Quién es no puedo inferir.

COMINO. Alma que ha olido la carne,  
como estás para morir.

DUQUE. ¿Queréis salir deste horror?

ALEJANDRO. Decidme quién sois primero.

COMINO. Yo quiero, aunque sea peor.

ALEJANDRO. Calla.

COMINO. Digo que yo quiero;  
eche usted cartas, Señor.

DUQUE. De vos la Duquesa fía  
el que la llevéis a Creta;  
que ya por la industria mía  
está libre.

COMINO. Ave, María.

ALEJANDRO. La Duquesa es muy discreta,  
y no puede haber pensado  
contra su honor tal error.

Y si acaso os lo ha mandado,  
decidla que soy criado  
yo del Duque, mi señor;  
y que huir ella conmigo  
fuera abonar al que miente,  
su infamia; y que no la sigo  
por no hacer al inocente  
merecedor del castigo.

Si el hado nos atropella,  
muramos; que no me obligo  
con deshonra a defendella;  
y pues soy cruel conmigo,  
bien puedo serlo con ella.

Y aunque quede en la traición  
por cierta la falsedad,

más quiere mi estimación  
ser honrado en la verdad  
que dichoso en la opinión.

DUQUE. (Ap. ¡Oh amigo! lo que he agraviado  
con mi duda tu decoro,  
suple por lo que has ganado;  
que aunque para mí eras oro,  
ya eres oro acrisolado.)  
Eso la iré a responder.

ALEJANDRO. No esperad; que aquí primero  
os tengo de conocer.

DUQUE. Mirad que no puede ser.

ALEJANDRO. Pues descubriros espero;  
ved que arriesgáis la cabeza,  
si llamo en esta ocasión  
a las guardas de su alteza.

DUQUE. ¿Así pagáis mi fineza?

ALEJANDRO. Esta no es sino traición;  
y de la que a mí me han hecho,  
mintiendo un falso delito,  
que sois el autor sospecho,  
y lo he de ver.

DUQUE. (Aparte.)

¡Noble pecho!

COMINO. Diga quién es, o alzo el grito.

DUQUE. Oíd, callad.

ALEJANDRO. No hay que callar;  
diga quién es al momento.

COMINO. ¿Guardas?

DUQUE. Pues dejadme hablar.

COMINO. Vive Dios, que he de llamar  
las guardas y el monumento.

DUQUE. (Aparte.)

¿Quién creará que yo de veras  
tengo aquí temor ¿Qué haré?

ALEJANDRO. Hombre, ¿no hablas? ¿A qué esperas?

DUQUE. Ya lo digo.

COMINO. O llamaré  
las guardas y las gateras.

DUQUE. (Ap. Esta es la puerta, y así  
lo he de remediar.) ¿Quién va?  
¿Quién es? ¿quién sale de aquí? -  
Soldados, guarda.

ALEJANDRO. ¡Ay de mí!

COMINO. ¡Alto! -Escapósenos ya.

Escena XXI

CRIADOS, con luces. - DICHOS.

CRIADO. ¿Qué es esto, Señor?

DUQUE. Traición;

un hombre de aquí ha salido.

CRIADO. Señor, ha sido ilusión.

DUQUE. ¿Quién ha abierto esta prisión?

ALEJANDRO. (Aparte a COMINO.)

No lo digas.

COMINO. Ya he entendido.

ALEJANDRO. Príncipe mío, Señor,

mi lealtad está a tus pies;

mira, Señor, que el traidor

el que te ha engañado es.

DUQUE. (Ap. Mas que él siento su dolor;

mas declararme, aunque quiera,

no puedo. ¡Ah desdicha fiera!

Lleva a encerrar a ese hombre.

ALEJANDRO. Mas he sentido ese nombre,

que la muerte que me espera.

DUQUE. Llevadle. (Ap. Sufra mi amor,

y hasta que enmiende mi error,

perdona, amigo, el fingillo.)

ALEJANDRO. Ocioso será el cuchillo,

viendo en vos ese rigor. (Vase.)

CRIADO. Vos también.

COMINO. Mira que das

en mí castigo a un Abel.

DUQUE. Soltad a ese hombre.

COMINO. ¡San Blas!

suéltete a ti Satanás

en manos de san Miguel.

(Vase COMINO por un lado, y los criados por otro.)

Escena XIII

El DUQUE.

DUQUE. Cielos, ya he averiguado

que es Lidoro traidor, y que él ha sido

quien toda esta traición ha maquinado;

no hay que dar ya al sentido

el dolor de mi engaño,

sino tratar de remediar el daño.

Mi esposa está acusada,

y ha de ser defendida,

o quedar infamada,

según la dura ley, si arrepentida

la lengua que la infama,

no se desdice y vuelve por su fama.



El delito es ya público en mi estado,  
y la satisfacción secreta ha sido;  
bien puedo yo imitar a este atrevido,  
y hacerle desdecir. Mas arriesgado  
quedo a que haya quien piense que me mueve  
el amor de mi esposa, y no se atreve  
a dejalla morir, leal, mi pecho,  
y que el poder, y no el honor, lo ha hecho  
pues la satisfacción en que me fundo  
no se la puedo dar a todo el mundo.  
Si ha de ser defendida,  
queda a riesgo su vida  
si no hay quien la defienda;  
y caso que le haya, en la contienda  
puede quedar vencido,  
mi esposa sin honor, y yo perdido.  
Pues ¿cómo he de enmendar yerro tan grave,  
ya que es mi pecho solo quien lo sabe?  
Mas ¿para que al discurso la acción dejo?  
El valor es quien da el mejor consejo.  
ya el remedio he pensado:  
verá mi honor el mundo restaurado,  
la traición con castigo,  
casta a mi esposa, en mi amistad mi amigo!  
Yo contento y feliz, ella en mis brazos,  
ven ellos al traidor hecho pedazos.  
Pues, valor, al empeño, a ganar gloria;  
que al mundo dará ejemplo aquesta historia.

Interior de un palenque. -En el centro un tablado y un bufete, cubiertos de luto, y encima de éste un reloj de arena.

Escena XIV

COMINO, vestido de borgoñón con alabarda; luego, DOS JUECES.

COMINO. Logar de aquí: fora dixi;

atrás, Señor, ande a un lado.

Fora, que veni el sargento.-

Dios mío, ¡qué bravo paso!

Ya que el plazo se ha cumplido

de sustentar en el campo

Lidoro su testimonio,

como son menester tantos

para asegurar el puesto.

Guardas de a pie y a caballo,

fingiéndome borgoñón,

plaza de guarda me han dado.

Ya la Duquesa y sus damas  
han salido de Palacio,  
y por otra parte traen  
al infeliz Alejandro.  
Lidoro por otra parte  
también viene a sustentallo,  
y el tribunal de los jueces  
está puesto en un tablado.  
Mas, señores, el oficio  
se me ha metido en los cascos  
con tal furia, que ya tengo  
toda Borgoña en el bazo.  
Y me creen por borgoñón.  
Porque en otra lengua hablando  
(francés, flamenco, irlandés),  
En diciendo «estrinqui franco»,  
todo suena a borgoñón,  
aunque sea en italiano.  
Tanto me ha entrado la plaza,  
que aquí en vacío me ensayo,  
porque es gran gusto andar uno  
sin peligro dando palos.  
Llego a un corro: «Andad de aquí.-  
Tened ahí, seor soldado;  
repórtese. -No hay reportis:  
atrás, logar. -¡Ay mi brazo!  
Señor, que es una preñada.-  
¿Qué importes que estés preñado?  
vaya a parir al infierno.»  
(Salen los JUECES, y se sientan detrás del bufete.)  
¡Bravo oficio es ir cascando!  
Mas tate, ya están los jueces  
en su tribunal sentados,  
y ya van entrando todos.  
Ya esto va de veras. -Alto.  
Andar, señorís, atrás:  
A ellis dixi. ¿Están sentatus?  
No piensen que esti es comedie.  
Háganse adentris lis bancus. -  
Mas ya están todos presentes.  
(Suenan cajas destempladas y sordinas.)

#### Escena XV

La DUQUESA, cubierta la cara con un velo; NISEA, IRENE, y DAMAS, todas de luto;  
ALEJANDRO, atadas las manos y vendados los ojos; SOLDADOS. -DICHOS.

AURORA. ¡Valed, cielos soberanos,

mi honor, sin culpa ofendido!  
NISEA. A hablar no acierto, de llanto.  
ALEJANDRO. Bien ve mi inocencia el cielo,  
dél solo fío mi amparo.  
COMINO. El corazón me traspasan  
La Duquesa y Alejandro.  
(Tocan cajas.)  
Pero ya el falso Lidoro  
suena venir de allí abajo.  
Voy a despejar allá,  
pues la ocasión ha llegado;  
de los mosqueteros, hoy  
me he de vengar en el patio.-  
For de aquí, tened di allá.  
Miri qui discargui il palo.  
Pléguete San... -Algún día  
había de vengar mi agravio.  
(Vuelven a tocar.)

#### Escena XVI

LIDORO, TRES SOLDADOS. -DICHOS.

(Salen por el palenque, aquél con una pica al hombro, sombrero con plumas negras y armado; estos con bandas negras delante; uno trae una rodela, otro una maza, otro un hacha de armas.)

LIDORO. Senado ilustre de Atenas,  
ya está Lidoro en el campo,  
donde a mi riesgo definiendo  
que fue alevoso Alejandro,  
y que con él la Duquesa  
manchó el lecho puro y casto  
de su esposo y nuestro dueño;  
y como leal vasallo,  
armado de todas armas,  
que al uso de la ley traigo,  
lo sustento, porque luego  
los dos muriendo abrasados,  
quede con honor el Duque,  
y con castigo el agravio.  
AURORA. Por mí te responda el cielo.  
ALEJANDRO. Mi inocencia aquí es mi labio.  
COMINO. (Ap.) Vive Dios, perro traidor,  
que mientes como un borracho.  
JUEZ. Este reloj ha de ser  
de las dos vidas el plazo.  
COMINO. (Ap.) Viejo de dos mil demonios,  
que eres juez como Pilato,

deja el reloj estar quedo,  
y no le menees tanto.  
Plegue a Cristo que en la arena  
se te atraviere un guijarro,  
como piedra de potroso.-  
¿Si habrá quien salga? Tentado  
estoy a no tener miedo  
de pelear por mi amo.

(Tocan.)

Mas ¿qué clarines son estos?  
un caballero bizarro  
viene aquí.

(Tocan cajas y clarines.)

### Escena XVII

El DUQUE, armado de espada y rodela; trae sombrero de plumas blancas, y cubierto el rostro con una banda. -DICHOS.

AURORA. ¡Cielos, qué escucho!

ALEJANDRO. Del cielo viene este amparo.

DUQUE. Senado ilustre de Atenas,  
yo por la Duquesa salga  
a defender que su honor  
es más puro que el sol claro.

LIDORO. (Ap. ¡Válgame el cielo!) ¿Quién eres?

DUQUE. Aquí lo dirá mi brazo.

COMINO. Vive Cristo, que me huelgo;  
salto y brinco; el cielo santo  
te depare cuchilladas  
de toro muerto.

LIDORO. (Ap. Temblando  
estoy aquí.) ¿Qué armas quieres?

DUQUE. Espada y rodela saco.  
Traidor, ¿qué es lo que defiendes?

LIDORO. Que al Duque, ciegos y osados,  
y a su honor puro, ofendieron  
la Duquesa y Alejandro.

DUQUE. Pues yo defiendo que mientes.  
Toca ya a embestir.

COMINO. ¡Santiago!

(Hacen la señal los clarines; batalla el DUQUE con LIDORO, y este cae en el suelo.)

LIDORO. Detén el golpe cruel;  
que ya rendido a tu brazo  
pues que la vida he perdido,  
el alma salvar aguardo.

DUQUE. ¿Qué es lo que dices?

LIDORO. Que a todos,

al mundo, al cielo, declaro  
que este ha sido testimonio  
que fingí, temiendo el daño  
de un amor, también aleve,  
con que a Duque ofendí, ingrato;  
de quien perdón pido a todos.  
COMINO. Anda con trescientos diablos.  
JUEZ. ¡Viva la Duquesa!  
TODOS. ¡Viva!  
AURORA. ¿Quién eres joven bizarro?  
ALEJANDRO. ¿Quién eres, caudillo heroico?  
(Descúbrese el DUQUE.)  
DUQUE. El defensor de su agravio.  
Alejandro, amigo mío,  
desde hoy mi corona parto  
contigo: tuya es Nisea  
y mi vida y mis estados;  
que ya tu lealtad he visto.-  
Esposa, llega a mis brazos.  
AURORA. ¡Ay dulce esposo del alma!  
COMINO. Y con esto y otro tanto,  
y un vitor para el ingenio,  
si os agrada aqueste caso,  
tendrá aquí dichoso fin  
El defensor de su agravio.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



**editorial del cardo**